

## Sobre el “amor mutuo” de los cristianos

### TEXTO

«Hijos míos, ya me queda poco que estar con vosotros [...]. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: en que os tenéis amor entre vosotros» (Jn 13, 33-35). «Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros igual que yo os he amado» (Jn 15, 12-14)<sup>1</sup>.

Voy a hacer dos asedios en torno al «amor mutuo» de los cristianos. El primero, un comentario ceñido a la literalidad del texto, explicando el llamado evangelio de Juan por él mismo y por algunos otros textos del Nuevo Testamento. El segundo, una meditación desde la antropología metafísica, desde la realidad que llamamos amor y su significado en la vida humana. En ella haré una rauda incursión por otras formas históricas de encontrar a Dios o creer haberlo encontrado, así como un brevísimo apunte sobre cómo han vivido los cristianos el «mandamiento nuevo». Volveré, por último, a nuestra realidad.

### I.- COMENTARIO

#### 1.- *Situación del texto*

En todo enunciado, alguien dice algo a alguien en un espacio y tiempo determinados. Estas coordenadas espacio-temporales, creadas por el discurs-

---

1. Cito por *Nuevo Testamento*, traducción de J. Mateos / L. Alonso Shökel, introducciones, notas y vocabulario bíblico de Juan Mateos, con la colaboración de F. Camacho / A. Urbán / J. Rius / J. Barreto, Ediciones Cristiandad, Madrid 1987<sup>2</sup>.

so mismo y ordenadas en relación a un sujeto, no son algo extrínseco, sino parte integrante del significado, a veces decisiva.

Jesús, según Juan, pronuncia este texto en su última Cena con los discípulos. Su muerte está próxima. Les abre su corazón, «hijos míos», y les da su encargo final; les manifiesta su última voluntad; les deja su testamento. Con él comienza Jesús su discurso de despedida a los discípulos después de lavarles los pies, símbolo del amor con que los ama, y de anunciar la traición de Judas, la traición a ese amor. Son dos actitudes opuestas respecto al mandamiento nuevo, la que hay que seguir y la que hay que evitar. El texto tiene como destinatarios a los discípulos. En él se habla del amor que deben tenerse unos a otros como discípulos suyos. No habla para nada de los otros hombres, a no ser indirectamente, en cuanto posibles conocedores de su comunidad a través del amor que ven en ella.

## ***2.- Mandamiento y mandamientos***

De lo dicho se deduce la importancia de este texto. Es, según Juan, el texto fundacional de la comunidad cristiana, su institución como tal comunidad. En él compendia Jesús su vida, sus hechos y palabras.

Jesús lo llama «mandamiento», pero en realidad no lo es. Lo llama así para contraponerlo a los mandamientos de la antigua alianza. Aquello pasó. En adelante, les dice, este es el mandamiento. Pero no se trata de una ley impuesta desde fuera, que haya que acatar sumisamente, como lo sería si fuera verdaderamente mandamiento. El amor no se impone. Es él el que se nos impone y nos incita a actuar.

Jesús ama, actúa en bien de los hombres («pasó haciendo el bien», Hch 10,38) porque está en sintonía con su Padre, «que es amor» (1 Jn 4, 8), identificado con él. Pues lo mismo debemos hacer los discípulos. No seguimos a Jesús por obligación, sino por vocación. No nos amamos por ley, sino por estar identificados con Jesucristo, con el Padre en definitiva; porque en la muerte de Jesucristo «hemos comprendido lo que es el amor» (1 Jn 3. 16); porque Dios «nos amó a nosotros y envió a su Hijo» (1 Jn 4, 10). Insistiremos en esto.

«Os doy un mandamiento nuevo», dice Jesucristo. Pero poco después añade: «Las exigencias que yo propongo no las propongo como cosa mía» (Jn 14, 10). «Si me amáis, cumpliréis los mandamientos míos» (Jn 14, 15). «El que ha hechos suyos mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama» (Jn 14, 21). «Si seguís conmigo, y mis exigencias siguen entre vosotros, pedid lo que queráis que se realizará» (Jn 15, 7). «Si cumplís mis man-

damientos, os mantendréis en mi amor, como yo vengo cumpliendo los mandamientos de mi Padre y me mantengo en su amor» (Jn 15, 10).

Ahora bien, Jesús no explica nunca cuáles son sus mandamientos ni los de su Padre; nunca los enumera. Y es que el «mandamiento nuevo» expresa la actitud que tienen que tener los discípulos entre ellos. Los «mandamientos suyos» son los actos concretos que derivarán de esa actitud; las obras exigidas por «su mandamiento»; la respuesta que tendrá que dar el discípulo en cada circunstancia y con cada persona. Imposible enumerarlos. El «pecado del mundo» (la injusticia, la falta de amor) (Jn 1, 29) origina los pecados concretos del hombre contra el hombre. Del «mandamiento nuevo» brotan los innumerables «mandamientos» en favor del hombre. El Evangelio nos orienta, nos dice en qué dirección debemos caminar. Los pasos concretos que tenemos que dar, el contenido de nuestros actos, somos nosotros los que tenemos que decidirlo en vista de la realidad en que vivimos. Hay que entender, pues, el mandamiento nuevo en toda su radicalidad y configurar desde él nuestra vida en todos sus aspectos.

### ***3.- Novedad del mandamiento de Jesús***

Jesús llama «nuevo» a su mandamiento y lo es efectivamente por varias razones.

En primer lugar, porque propiamente no es un mandamiento, como acabamos de ver, sino algo que viene exigido por el hecho de ser discípulos suyos. Nuestro amor es el río formado por el manantial vivo que brotó de su costado traspasado (Jn 19, 34). En segundo lugar, porque no hay más mandamiento que este. De él nacen las obras que el discípulo hará a lo largo de la vida. En tercer lugar, por la novedad inesperada de su contenido: Jesús no manda amar a Dios, sino que se amen mutuamente unos a otros en su realidad individualísima (no solo en lo común y público, como se dirá después), tal como son, por ellos mismos; así Dios será glorificado en ellos. En cuarto lugar, porque la norma y modelo ya no es el amor que cada uno se tiene a sí mismo, sino Jesucristo en persona: «igual que yo os he amado». En quinto lugar, porque su amor mutuo será la señal, el distintivo de su condición de discípulos suyos. Por fin, pero no en último lugar, porque la razón fundamental para amarse es el estar identificados con el Padre, que nos amó primero, llegando al extremo de darnos a su Hijo para que tengamos vida definitiva (Jn 3,16). Las dos primeras razones ya quedan expuestas. A continuación expongo las otras.

No es la única vez que Jesús habla de novedad en relación con su buena noticia. «Nadie echa una pieza de paño sin estrenar a un manto pasado, por-

que el remiendo tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque, de lo contrario, revientan los odres, el vino se derrama y los odres se echan a perder; no, el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan» (Mt 9, 16-17). Jesús no se atiene a la disciplina del ayuno ni se la impone a sus discípulos. Donde está él, hay alegría, libertad, amistad (Mt 9, 10; *ib.*, 19. 19; Jn 2, 1-11). Las antiguas observancias e instituciones ya no tienen lugar (Gál 4, 8-11). No caben componendas entre lo nuevo que él trae y lo viejo, aunque por desgracia esto persistió tenazmente en la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén y fue lo que se transmitió con mayor firmeza. No hace falta recordar sus enseñanzas sobre la Ley, el culto, el Templo, el Mesías, hijo de David, frente al Mesías, Hijo de Dios... «Donde hay un cristiano, hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado, existe algo nuevo» (2 Cor 5, 17).

#### **4.- Dirección del amor**

Jesús no dice: «amad a Dios» o «amadme», sino: «amaos unos a otros». Si examinamos nuestro lenguaje, es evidente que le hemos corregido la plana. Nosotros hablamos de «amar a Dios» y solo después, muy después, de «amar al prójimo» como consecuencia del amor a Dios. En la moral anterior al Concilio Vaticano II y en los repertorios que corrían para preparar el examen de conciencia se distinguía claramente entre deberes para con Dios y deberes para con el prójimo, entre mandamientos de la primera tabla y mandamientos de la segunda. Se había vuelto al Antiguo Testamento, que desafortunadamente ha predominado sobre el Nuevo durante largas épocas y aún hoy es notoriamente visible en muchas prácticas.

Jesús, en cambio, a la hora de resumir su evangelio, dice simplemente: «este es mi mandamiento: que os améis unos a otros». También en otras ocasiones dejó fuera los mandamientos de la primera tabla. Un joven rico le preguntó: «Maestro, ¿qué tengo yo que hacer de bueno para conseguir vida eterna?» Jesús le contesta: «Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos». ¿Cuáles?, pregunta él, y Jesús le responde: «no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, sustenta a tu padre y a tu madre y ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19, 16-19 par). Nada más. Los tres primeros mandamientos, referentes a Dios, ni los menciona. Moisés mandó sustentar al padre y a la madre, no dejarlos en la miseria. Letrados y fariseos, en cambio, enseñaban que quien ofrecía sus bienes al templo, es decir, a Dios, quedaba libre de esta obligación. Jesús les dice: invalidáis «el mandamiento de Dios con esa tradición que os habéis transmi-

tido. Y de estas hacéis muchas» (Mc 7, 13). La piedad para con Dios se expresa amando al prójimo, no desentendiéndose de él. Y en ese amor hay que empezar por los propios padres, aunque otra cosa dijeran los fariseos y hayan dicho después monjes y frailes. En el «juicio de las naciones», es decir, de los paganos, la suerte de estos dependerá del bien que hayan hecho a los pobres y desamparados, con quienes Jesús se identifica; de ninguna otra cosa (cf. Mt 25, 31-46).

Y es que Dios no nos comunica su amor para que se lo devolvamos a él –¿para qué lo querría?–, sino para que lo comuniquemos a los demás. ¿Qué diríamos de quien hiciera un regalo a alguien con la condición de que este se lo devolviera?

«Dios es amor» (1 Jn 4, 8) y «así demostró su amor al mundo, llegando a dar a su Hijo único, para que todo el que le presta su adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca» (Jn 3, 16). «Y este es el contenido del testimonio: que Dios nos ha dado vida definitiva, y esta vida está en su Hijo» (1 Jn 5, 11). Dios nos ha comunicado en Jesucristo su amor, su Espíritu, para que lo difundamos sobre los demás. Su amor es una onda expansiva. Alcanzados por ella, debemos seguir su dirección. Jesucristo nos la ha señalado: «amaos unos a otros».

El mejor comentario a este texto es la primera carta de san Juan: «El mensaje que oísteis desde el principio fue este: que nos amemos unos a otros [...]. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos [...]. Hemos comprendido lo que es el amor porque aquel entregó su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos [...]. No amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3, 11-18). «Amigos míos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no tiene idea de Dios, porque Dios es amor. De este modo se manifestó entre nosotros el amor de Dios: enviando al mundo a su Hijo único para que tuviésemos vida por su medio. Esto define a ese amor: no el haber nosotros amado antes a Dios, sino el habernos él demostrado su amor enviando a su Hijo para que expiase nuestros pecados. Amigos míos, si Dios nos ha amado así, es deber nuestro amarnos unos a otros. A la divinidad nadie la ha visto nunca; si nos amamos mutuamente, Dios habita en nosotros y su amor queda realizado en nosotros. Esta es la señal de que habitamos en él y él en nosotros, que nos ha hecho partícipes de su Espíritu [...]. Conocemos el amor que Dios mantiene en nosotros. Dios es amor: quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él [...].

Podemos amar nosotros porque él nos amó primero. El que diga «yo amo a Dios» mientras odia a su hermano, es un embustero, porque quien no

ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo. Y este es el mandamiento que recibimos de él, que quien ama a Dios ame también a su hermano» (1 Jn 4, 7-21)<sup>2</sup>.

Jesucristo dio su vida por nosotros. Ahora, dice Juan, nosotros debemos darla por nuestros hermanos. Dios nos ha amado. Deber nuestro es amarnos unos a otros. Aquí no hay lógica. Si Jesucristo dio su vida por nosotros, nosotros tendríamos que darla por él. Si Dios nos ama, nuestro deber sería amarle a él. Esta es nuestra mentalidad. Esta es la mentalidad religiosa. Pero Jesucristo nos diría como a san Pedro: vuestra idea «no es la de Dios, sino la humana» (Mt 16, 23). «A la divinidad nadie la ha visto nunca», dice Juan aquí, y lo dijo en su Evangelio (1, 18). A Dios, a quien no se le ve, no se le puede amar, dice también. Hay que amarlo en quienes él ama: en nuestros hermanos, realizando su designio, identificándonos con él. De la plenitud del amor de Cristo hemos recibido nuestro amor, «un amor que responde a su amor» (Jn 1, 16). Respondemos a su amor amándonos.

### **5.- Reciprocidad del amor**

«Amaos unos a otros», nos dice Jesucristo. Tanto en el evangelio como en los textos que he citado de su primera carta, Juan entiende el amor como una conducta en reciprocidad, algo que va y viene. Así lo entiende también san Pablo. «A vosotros, hermanos, os han llamado a la libertad; solamente que esa libertad no dé pie a los bajos instintos. Al contrario, que el amor os tenga al servicio de los demás» (Gál 5, 13). «Si hay un estímulo en el Mesías y un aliento en el amor mutuo; si existe una solidaridad de espíritu y un cariño entrañable, hacedme feliz del todo y andad de acuerdo, teniendo un amor recíproco y un interés ecuánime [...] en la unidad. En vez de obrar por egoísmo o presunción, cada cual considere humildemente que los otros son superiores y nadie mire únicamente por lo suyo, sino también cada uno por lo de los demás» (Flp 2, 1-4). El amor, según el Apóstol, es el deber permanente que tenemos unos con otros. «A nadie le quedéis debiendo nada, fuera del amor mutuo, pues el que ama al otro tiene cumplida la ley» (Rom 13, 8).

El amor, en el Nuevo Testamento, no es un sentimiento delicuescente y edulcorado. El amor son hechos, obras, entrega a los demás, don de sí

2. «Es claro que Juan evita siempre el hablar directamente y sin añadidura del amor hacia Dios» (José M. Castillo, *Oración y existencia cristiana*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, 171 n- 37). En su Evangelio no aparece nunca esta expresión y en 1 Jn sólo en 4, 21 y en 5, 2, donde el contexto deja claro que se trata del amor que se identifica con Dios en la observancia de los mandamientos, es decir, en la entrega a los hermanos, como veremos luego. Puede verse en José M. Castillo bibliografía sobre este tema.

mismo; pero no un don adusto, seco y desabrido, sino afable, efusivo, entrañable, cariñoso. «Cariño entrañable» es la expresión de san Pablo (Flp 2,1). «Bien sabe Dios con qué cariño cristiano os echo de menos» (Flp 1, 8). El texto dice literalmente: «cómo os añoro en las entrañas de Jesucristo». Es la manera cristiana de designar el cariño. Las «entrañas» eran la sede del afecto, como el corazón lo era del pensamiento. «Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, rivalizando en la estima mutua» (Rom 12, 10). «Sed cariñosos unos con otros»: ¡palabra de Dios!

### 6.- «Igual que yo os he amado»

Antes, en el Evangelio de Juan, Jesús ha dado como norma a sus discípulos el que se asemejen a él. «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6, 53). Comer su carne y beber su sangre es asimilar su vida y muerte, hacerse semejante a él, reproducir sus rasgos, asimilar su amor, expresado en su vida (su *carne*, su *cuerpo*) y en su muerte (su *sangre*). Juan sitúa el mandamiento del amor entre la traición de Judas y la predicción de las negaciones de Pedro; es decir, en el mismo lugar en que Mt ( 26, 26-30) y Mc ( 14, 22-269) colocan la eucaristía. Esto quiere decirnos que el amor mutuo es el sentido profundo, la realidad por ella significada. La expresión «comer su cuerpo y beber su sangre», simbolizados en el pan y el vino, quiere decir tomarle a él como norma de vida; comprometerse, como él, en llegar hasta el final en la actividad liberadora del hombre.

«Os dejo un ejemplo para que igual que yo he hecho con vosotros, hagáis también vosotros» (Jn 13, 15), les dice a los discípulos al terminar de lavarles los pies. Jesús espera que los suyos le igualen en el cumplimiento de su evangelio: «amaos como yo os he amado». Haced lo «que yo he hecho», nos dice, en paralelismo con las palabras referentes a la eucaristía: «haced esto en memoria mía». «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en memoria mía [...]. Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre; cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía» (1 Cor 11, 24-25). Cada vez que comáis el pan y bebáis la copa, haced lo que yo estoy haciendo: entregaos a los demás como yo y sellad vuestra entrega con vuestra sangre; estad dispuestos a ser perseguidos «por causa mía», por vuestra entrega; a que os condenen incluso a la muerte. Jesucristo no manda repetir una ceremonia ritual de gestos y palabras en su materialidad. Manda que comamos el pan y bebamos la copa haciendo lo que él hizo, entregándonos a los demás con todas las consecuencias, incluida la muerte violenta. «Lo

mismo» («esto») tiene un valor anafórico: recoge el significado de su acción y palabras en toda su complejidad.

La norma de nuestro amor mutuo es, por consiguiente, Jesucristo, que nos «amó hasta el fin» (Jn 13, 1); Jesucristo levantado en alto (crucificado y exaltado). Este debe ser siempre nuestro punto de referencia, la estrella polar por la que orientarnos en el océano de nuestras relaciones personales. «Lo mismo que en el desierto Moisés levantó en alto la serpiente, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre para que todo el que lo haga sujeto de su adhesión tenga vida definitiva» (Jn 3, 14-15). En torno a él se constituye y progresa la comunidad cristiana. «Mirarán al que traspasaron» (Jn 19, 37). De su costado brotaron «sangre y agua» (Jn 19, 34): su amor manifestado (*sangre*) y su amor comunicado (*agua*). Él es quien tira de nosotros y nos impulsa a amarnos. «Cuando sea levantado de la tierra, tiraré de todos hacia mí» (Jn 12, 32). No es un modelo exterior que tengamos que copiar, sino un modelo que nos incita; que despierta en nosotros una actitud de benevolencia hacia los demás; que nos impulsa a traducirla en obras.

¿Cómo tiene que ser nuestro amor? Esta misma pregunta se hizo san Pablo y, mirando a Jesucristo crucificado, respondió: «el amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre» (1 Cor 13, 4-7). ¡Cuánto bien nos haríamos a nosotros mismos y a aquellos con los que convivimos, si meditásemos con frecuencia estas palabras y las encarnásemos en la realidad, en nuestra realidad!

### ***7.- El Padre, origen de nuestro amor a través de Jesucristo***

Al leer las palabras de Jesús sobre el mandamiento nuevo, quizá hemos concluido que el Padre no tiene arte ni parte en este asunto, pues no se le menciona expresamente. Conclusión evidentemente errónea. Basta escarbar un poco en ellas para encontrarle y precisamente como el que las sostiene y da sentido. Recordemos algunos textos ya citados, sin necesidad de citarlos de nuevo. Es él el que ha tenido la iniciativa, no nosotros. Porque él nos ama nos amamos. Porque Jesucristo, manifestación del amor del Padre, dio su vida por nosotros, sabemos que amar es dar nuestra vida por nuestros hermanos. Nuestro amor mutuo, como discípulos de Jesús, viene del Padre. Nuestro amor es respuesta al amor de Jesús (Jn 1, 16), como él responde al amor que recibe del Padre. El ser, la sustancia del Padre, si es que estas pala-



bras tienen sentido aplicadas a Dios, es amar. Todo lo que él hace es expresión de ese amor. Dios es amor, fuerza, dinamismo que alcanza a la comunidad cristiana a través de Jesús y a toda la humanidad. «La Palabra se hizo hombre» (Jn 1, 14). Cualquier afirmación que contradiga esta su realidad es falsa.

Los discípulos han visto a Jesucristo, han experimentado su amor. «Hemos contemplado su gloria –la gloria que un hijo único recibe de su padre–, plenitud de amor y lealtad» (Jn 1, 14). El amor, la gloria, que Jesús recibe del Padre lo comunica a sus discípulos. «La prueba es que de su plenitud todos nosotros hemos recibido: un amor que responde a su amor» (Jn 1, 16). «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que han visto nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos acerca de la Palabra, que es la vida; porque la vida se ha manifestado, la hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida definitiva, la que se dirigía al Padre y se ha manifestado a nosotros. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos también a vosotros para que vosotros lo compartáis con nosotros; y nuestro compartir lo es con el Padre y con su Hijo, Jesús Mesías» (1Jn 1, 2-3).

Como dice Juan Mateos, el uso extraño del neutro («lo que existía desde el principio»...) «puede indicar que la vida de que se trata no es solamente la que se manifestó en la persona de Jesús, sino también, de modo más general, la que, por su obra, existe y se manifiesta en las comunidades cristianas»<sup>3</sup>. El proyecto de Dios sobre el hombre se ha hecho tangible en Jesús y, en diferente medida, continúa realizándose en los suyos. San Pablo dirá: «el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5).

### ***8.- Amor de entrega y amor de identificación***

Nos ayudará a entender las palabras de Jesús distinguir entre amor de entrega y amor de identificación. Amor de entrega es aquel por el que una persona se da a otra; se dedica enteramente a ella; pone su atención e interés en favor de ella y se emplea en su servicio. En el amor de identificación, en cambio, una persona acepta a otra; está de acuerdo con ella, con sus gustos y aficiones; llega a tener las mismas ideas y creencias que ella, los mismos propósitos; hace suyos los proyectos de ella.

---

3. *Nuevo Testamento*, edic. cit., 1. 124.

a) *Amor de entrega*

Dios ama a Jesús con amor de entrega: se da a él, le comunica su vida, su Espíritu. Pero no le da su amor para que se lo devuelva a él (eso sería egoísmo, dominio, una forma de esclavizarlo), sino para que, identificado con él, lo difunda entre los hombres. Dios es una onda en expansión. La expresión máxima de su amor es Jesucristo.

Identificado con su Padre, Jesucristo ama a los hombres, nos ama con amor de entrega, nos comunica el amor recibido del Padre, nos da su vida, nos entrega su Espíritu. «Y, reclinando la cabeza, entregó el Espíritu» (Jn 19, 30). Apareciéndose a los discípulos, una vez resucitado, sopló sobre ellos y les dijo: «recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 22). Pero no nos lo comunica para que se lo entreguemos a él, para que se lo devolvamos, sino para que, identificados con él, lo comuniquemos a otros, nos lo comuniquemos mutuamente, nos amemos.

Dios no quiere al hombre para él. Lo quiere para que sea como él, hijo suyo, como su Hijo amado, Jesús; don de sí, amor sin límites. Dios no reclama al hombre para él como en el Antiguo Testamento. El hombre no es siervo de Dios ni de Jesucristo, sino hijo y amigo. «Nadie tiene amor más grande por los amigos que uno que entrega su vida por ellos. Vosotros sois amigos míos si hacéis lo que os mando. No, no os llamo siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su señor; a vosotros os vengo llamando amigos, porque todo lo que oí a mi Padre os lo he comunicado» (Jn 15, 15). Dios no es rival del hombre, sino que con su Espíritu le potencia para que alcance su condición divina. «A cuantos la han aceptado los ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios: a esos que mantienen la adhesión a su persona» (Jn 1, 12). Anularse el hombre para afirmar a Dios, enajenarse en él, desentenderse de los hombres, servirle en la soledad, lejos del mundo, es negar a Dios, creador, dador de vida.

El discípulo, en los evangelios, no se entrega a Dios ni se consagra a él ni a Jesucristo. Es Dios quien consagra a Jesús para que comunique su amor y Jesús nos consagra con su amor para que lo comuniquemos. Nos consagra para ir a los demás. «No me elegisteis vosotros a mí, os elegí yo a vosotros y os destiné a que os pongáis en camino, produzcáis fruto y vuestro fruto dure» (Jn 15, 16). «Conságralos con la verdad, verdad que es tu mensaje. Igual que a mí me enviaste al mundo, también yo los he enviado a ellos al mundo y por ellos me consagro yo mismo, para que también ellos estén consagrados con verdad» (Jn 17, 17-19). «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros» (Jn 20, 21). Y, dicho esto, sopló sobre ellos, les dio su Espíritu, los consagró en la verdad para su misión, como el Padre

le había consagrado a él. «El Espíritu del Señor descansa sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres [...], a proclamar el año favorable del Señor» (Lc 4, 18-19).

Así piensa también san Pablo. «El amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu santo que nos ha dado» (Rom 5,5). «Es que el amor del Mesías no nos deja escapatoria, cuando pensamos que uno murió por todos» (2 Cor 5, 14).

Textos en los que ni Dios ni Cristo figuran «como objeto, sino como primer sujeto y fuente del amor que el Espíritu Santo pone en nosotros [...]». Parece que el *agapé* que corre del corazón de Dios como de su fuente no se detiene en nosotros, sino que pasa por nosotros para continuar corriendo en beneficio de otros seres. Es, en verdad, el amor *de Dios* el que, por nosotros, continúa su curso. Pero, por este *agapé*, nosotros somos algo muy distinto de un conducto inerte: no pasa por nosotros sin nosotros [...]. El *agapé* de Dios toma en nosotros un relevo vivo y, en el movimiento por el que nosotros alcanzamos a otros seres, es al mismo tiempo nuestro y de Dios [...]. Los cristianos son relevos vivientes del *amor* que corre de Dios como de su fuente»<sup>4</sup>. Como decía Bergson, es preciso amar a los otros «no por el amor de Dios, sino con el amor con que Dios nos ama»<sup>5</sup>.

Convendría que en nuestro lenguaje sobre estos temas nos atuviéramos a los evangelios. Nosotros hablamos de entrega y consagración a Dios. ¿Justifican los evangelios esta expresión? No. Es Dios quien nos consagra y, cuando se recibe su consagración, hay que apretarse los machos, porque ser consagrado por Dios es ser enviado al mundo para ser buena noticia y anunciarla; la buena noticia de su amor, manifestado en Jesús de Nazaret. Lo demás son pamplinas nuestras, ideas de los hombres ( Mt 16, 23). Nosotros hablamos, por ejemplo, de consagrar una iglesia a Dios; pero, todavía en el siglo V, el papa Sixto dedicó la basílica de santa María la Mayor al pueblo de Dios. En el arco de su ábside se lee: «Xystus episcopus plebi Dei»<sup>6</sup>. Este es el auténtico lenguaje cristiano, el original. El otro es un híbrido de Antiguo Testamento y paganismo<sup>7</sup>.

4. Yves Congar, *Dieu, qui envoie en mission*, en *La Vie Spirituelle* 711 (1994) 492.

5. Cit. por Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo. VI. Exilio y regreso*, versión española de Soledad García Mouton y Valentín García Yebra, Editorial Gredos, Madrid 1995, 24.

6. Cf. Juan Mateos, *Cristianos en fiesta. Más allá del cristianismo concencional*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1976<sup>2</sup>, 111-129.

7. Son dos direcciones opuestas. En los griegos, el amor de Dios (genitivo objetivo, el amor que se tiene a Dios) es el amor con que este mundo sublunar, arrastrado por el *primum mobile*, le ama «naturalmente»; el «peso» que arrastra las esferas celestes y a los hombres hacia él «en cuanto que es amado» (Aristóteles, *Metafísica*, 1072b. Edic. trilingüe por Valentín García Yebra, Edit. Gredos, Madrid 1970), ocupando cada cosa su «lugar» natural (sobre las distintas

### b) *Amor de identificación*

Jesús, identificado con el Padre, en sintonía con él, ama a los discípulos. «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30). «Quien me ve a mí está viendo al Padre [...]. ¿No crees que yo estoy identificado con el Padre y el Padre conmigo? Las exigencias que yo propongo no las propongo como cosa mía: es el Padre, quien, viviendo en mí, realiza sus obras. Creedme: yo estoy identificado con el Padre y el Padre conmigo; y si no, creedlo por las obras mías» (Jn 14, 9-11). «Aquel día experimentaréis que yo estoy identificado con mi Padre» (Jn 14,20). «El mensaje que estáis oyendo no es mío, sino del Padre, que me envió» (Jn 14, 24). «Pues sí, os lo aseguro: un hijo no puede hacer nada por sí, tiene que vérselo hacer al padre. Así, cualquier cosa que este haga, también el hijo la hace igual, porque el padre quiere al hijo y le enseña todo lo que él hace. Y le enseñará obras mayores que estas para vuestro asombro» (Jn 5, 19-20).

Jesús se identifica con su Padre; nosotros, con él. «De su plenitud todos nosotros hemos recibido: un amor que responde a su amor» (Jn 1, 16). «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envió yo también a vosotros» (Jn 20, 21). «Sí, os lo aseguro: quien me presta adhesión, hará obras como las mías y aun mayores» (Jn 14, 12). Jesús espera que estemos a su altura. Al lavarles los pies a los discípulos, se puso a su nivel. En realidad, los subió hasta el suyo, los hizo iguales a él. Por eso el comportamiento de ellos debe ser igual al suyo: realizar, ellos también, el proyecto creador del Padre. «Para que igual que yo he hecho con vosotros, hagáis también vosotros» (Jn 13, 13). «Un discípulo no es más que su maestro, aunque, terminado el aprendizaje, cada uno le llegará a su maestro» (Lc 6, 40).

Identificados con Jesús, nos identificamos con el Padre. Nuestras obras, como las de Jesús, son las del Padre. Como Jesús, «mientras es de día, nosotros tenemos que trabajar realizando las obras del que me envió» (Jn 9, 4).

---

clases de movimientos, sobre el peso y los lugares naturales, es decir, sobre la mecánica sublu-  
nar en la antigüedad, cf. S. Sambursky, *El mundo físico a finales de la antigüedad*, Alianza Edi-  
torial, Madrid 1990, 76-110). Según los griegos, Dios no ama, no puede amar: sería una imper-  
fección, una dependencia de lo corruptible. Dios es el objeto del amor de los hombres. Estos se  
consagran a Dios y le dedican templos. En el Nuevo Testamento, el amor de Dios (genitivo sub-  
jetivo, el amor que Dios nos tiene) es el amor con que él ama a sus criaturas. Su amor se derra-  
ma en nosotros y nosotros lo expandimos. El sujeto primero es siempre él. No vamos nosotros a  
él, sino que él viene a nosotros y nos empuja hacia los demás. Aquí no cabe hablar de consagra-  
ción a Dios, ni tiene sentido dedicarle templos a aquel a quien se adora en cualquier tiempo y  
lugar. Los templos no son ya casa de Dios, sino casa del pueblo de Dios, los lugares en los que  
este se reúne. Cf. C. S. Lewis, *La imagen del mundo*, Antoni Bosch, editor, 1980, 85- 87; José  
Vega, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*,  
Estudio Agustiniano, Valladolid 1987, 533-544.

«Las exigencias que tú me entregaste se las he entregado a ellos y ellos las han aceptado» (Jn 17, 8). «Padre santo, guárdalos unidos a tu persona para que sean uno como lo somos nosotros» (Jn 17, 11).

«Amar a Dios es, en primer lugar, aceptarlo en uno mismo como presencia y fuerza de amor (el Espíritu), cuyo término es siempre el hombre. Así, amando a los demás, se hace a Dios presente en uno mismo y se establece con él la única relación posible, la de su amor aceptado, que es su presencia y su gloria»<sup>8</sup>.

### 9.- *Experiencia de Dios en el amor mutuo*

Los evangelios nos repiten con insistencia que el lugar de encuentro del hombre con Dios es una vida de entrega, como la de Jesús, al servicio de los demás. «Suprimid este santuario y en tres días lo levantaré [...]. Se refería al santuario de su cuerpo» (Jn 2, 19-21), de su persona. Jesús es el nuevo santuario, la nueva morada de Dios. «Créeme, mujer, se acerca la hora, o, mejor dicho, ha llegado en que los que dan culto verdadero adorarán al Padre con espíritu y lealtad, pues el Padre busca hombres que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran han de dar culto con espíritu y lealtad» (Jn 4, 21-24). Se da culto al Padre, se le venera, imitándole; haciendo lo que él hace, haciéndose hijos suyos, cada vez más semejantes a él; colaborando con él en su obra creadora, llevándola a plenitud; amando lealmente al hombre. «Por ese cariño de Dios os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico» (Rom 12, 1). El «cuerpo» (*sôma*), como dice literalmente el texto («*que ofrezcáis vuestro propio cuerpo*»), es la vida, «la propia existencia», la persona en cuanto se exterioriza y relaciona, en cuanto es identificable y activa; la persona entera en su relación con los otros y con el universo. Las mutuas relaciones de amor y entrega con las que los cristianos, a imitación de Jesús, vamos entretejiendo nuestras vidas son nuestro auténtico sacrificio; el culto en el que Dios se complace. Hay aquí para los cristianos motivo de reflexión antropológica y ecológica. Este es el culto que ofreció Jesús Mesías, mediante el cual quedamos consagrados. «Aquí estoy yo para realizar tu designio[...]. Por esa voluntad hemos quedado consagrados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesús Mesías, única y definitiva» (Heb 10, 9-10). Y este es el culto que celebramos en la eucaristía.

---

8. Juan Mateos y Juan Barreto, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1979, 618.

«Uno que me ama cumplirá mi mensaje y mi Padre le demostrará su amor: vendremos a él y nos quedaremos a vivir con él» (Jn 14, 23). Cumplir el mandamiento de Jesús es tener experiencia de Dios, de su gracia, de su Espíritu ( *inhabitación del Espíritu Santo*, dicen ). Cumplir los mandamientos de Jesús es percibir la presencia del «Espíritu de la verdad, el que el mundo no puede recibir porque no lo percibe ni lo reconoce. Vosotros lo reconocéis, porque vive en vosotros y además estará con vosotros» (Jn 14, 17). El amor mutuo, presencia del Espíritu, hace madurar la comunidad cristiana y la diviniza. Esta es su experiencia fundamental. Si esta no existe, todo lo demás es una farsa. Si existe, Jesús está en ella con su Espíritu y lo está el Padre, como está el amado en el amante, impulsándola a hacer sus obras y sosteniéndola en ellas, dándole vida.

### **10.- El amor mutuo, seña de identidad de los discípulos de Jesús**

«En esto conocerán todos que sois discípulos míos: en que os tenéis amor entre vosotros» (Jn 13, 35) «igual que yo os he amado». Se trata, conviene insistir en ello, del amor mutuo de los discípulos. Por consiguiente, de un amor inspirado en el de Jesús, con el que se identifican con el Padre. Este es el signo distintivo de sus discípulos, sus señas de identidad. No hay más. Ni leyes, ni observancias, ni penitencias, ni cultos rituales, ni vestimentas, ni ninguna otra parafernalia. Todo eso pasó, pertenece al Antiguo Testamento y al paganismo. Ni el ascetismo, ni el misticismo en el sentido usual del término (cf. *Diccionario de la Real Academia Española* o *Diccionario de uso del español* de María Moliner; hoy esta palabra se ha vuelto incontrolable, como la de *carisma*), ni las elucubraciones racionales sobre Dios son el distintivo del cristiano. La misma santa Teresa escribe: «¡Cuántas cosas de estas hacían los filósofos, u aunque no sea de estas, de otras de tener mucho saber!»<sup>9</sup>. Como no lo son la química, ni la ecología, ni la arquitectura... Ha habido cristianos ascetas y místicos, como ha habido filósofos, ingenieros, físicos... Pero fuera del cristianismo ha habido también filósofos, ingenieros, físicos... y muy rigurosos ascetas y místicos muy subidos (judíos, musulmanes, budistas...), cuyo lenguaje marcó el de algunos cristianos.

Es este distintivo del amor mutuo, en seguimiento de Jesucristo, el que nos posibilita la misión en el mundo: que los hombres «tengan vida y les rebose» (Jn 10, 10). Para comunicar vida hay que tenerla; para comunicar amor cristiano hay que amar cristianamente, mostrar que los hombres somos

9. *Moradas* V, 3, 7, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1979<sup>6</sup>, 400.

hermanos, hijos de un mismo Padre, revelado en Jesús de Nazaret. «Enseñadles a guardar todo lo que os mandé» (Mt 28,20). La comunidad cristiana se convierte en un espacio de amor y luz, signo del amor de Jesucristo en medio del mundo, signo del amor del Padre. «Yo, por mi parte, la gloria que tú me has dado se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno - yo identificado con ellos y tú conmigo-, para que queden realizados alcanzando la unidad, y así conozca el mundo que tú me enviaste y que les has demostrado a ellos tu amor como me lo has demostrado a mí» (Jn 17, 22-23). «Vosotros sois la luz del mundo [...]. Empieze así a brillar vuestra luz ante los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo» (Mt 5, 14-16). De aquí, de esta realidad del amor mutuo y solo de ella, no de la fuerza de la espada ni del apoyo del poder civil (Mt 26, 52-54; Jn 18, 33-38) ni de la «ostentación de elocuencia o saber» (1 Cor 2, 1)<sup>10</sup>, debe partir la evangelización de los que se interesen por nuestra fe. «Dispuestos siempre a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida una explicación, pero con buenos modos y respeto y teniendo la conciencia limpia» (1 Pe 3, 15-16). Una vida de amor mutuo es ya evangelización. Una vida de entrega a los demás es mística y ascética, la única mística y ascética cristiana para nosotros, dada nuestra comprensión del evangelio y del ser del hombre.

## II.- MEDITACIÓN

### 11.- Definición del amor

Leemos en el *Diccionario de la Real Academia Española*: «Amor. Sentimiento que mueve a desear que la realidad amada, otra persona, un grupo

---

10. El Régimen de Cristiandad, por muchas justificaciones históricas que se le busquen y muchos apoyos vétero-testamentarios que se le encuentren, es la negación del evangelio. La espada está de más cuando se anuncia al Dios de Jesucristo, que «es amor» (1 Jn 4, 8), y se proclama «el año favorable del Señor» (Lc 4, 19). «Mirad que yo os envió como corderos entre lobos» (Lc 10, 3). La historia de las misiones, desde Constantino hasta la pérdida de las últimas colonias europeas tras la Segunda Guerra Mundial, tiene un lado sangriento absolutamente vituperable. El siglo XIX, llamado el Siglo de las Misiones, alcanzó cotas inimaginables de explotación y destrucción por obra de ingleses, belgas, holandeses, italianos y franceses. Se habla, con razón, de las persecuciones de los cristianos por los paganos; pero hay que hablar también, con no menos razón, de las de estos por aquellos. Cf. Ramón Teja, *Los monjes vistos por los paganos*, en *Codex Aquilarensis* 8 (1993) 13-24; P. F. Beatrice (dir.), *L'intolleranza cristiana nei confronti dei pagani*, trad. S. J. e S. Zampa, Edizioni Dehoniane, Bologna 1993. San Agustín (algunos textos suyos sobre el particular se estudian en la última obra citada, pp. 101-114) justificó la violencia de los emperadores Constantino y Teodosio contra los gentiles: la victoria sobre los gentiles era una victoria sobre el diablo. Cf. *De civ. Dei* V, 25 y 26, 1; Y. M. Duval, *L'éloge de Théodose dans la Cité de Dieu* (V, 26, 1), en *Recherches Augustiniennes* 4 (1966) 135-179.

humano o alguna cosa, alcance lo que se juzga su bien, a procurar que ese deseo se cumpla y a gozar como bien propio el hecho de saberlo cumplido».

Este es el significado de la palabra «amor». Pero la definición es una abstracción, un esquema, un fragmento, una fórmula algebraica, cuyas letras no tienen valor ninguno en concreto. Son los distintos usos de la palabra los que irán dando valor numérico a esas letras, significados concretos. El significado será en cada uso mucho más denso y rico que la definición académica o cualquier otra que se dé.

*Amor de Dios, amor de los hijos, amor de la gloria, amor de padre...* Son los ejemplos que pone el DRAE. Se podría continuar la lista con otros muchos. Hay muchas formas de amor. ¿Cómo entenderlas? ¿En que relación se hallan unas con otras? Habría que establecer en cuál de sus usos tiene el significado pleno y a partir de él establecer el significado de los otros. Parece evidente que, cuando hablamos de amor sin más, nos referimos al amor intersexuado.

«Creo que es un error radical partir de ese amor genérico e indiferenciado, que puede aplicarse a la relación entre padres e hijos, hermanos, amigos, incluso a la música, la ciencia o la patria, y tratar luego de buscar la diferencia específica del amor en sentido estricto, el amor que he llamado intersexuado o heterosexual, el amor entre hombre y mujer *como tales*. Que este amor sea una especie de aquel género, esto es precisamente lo que habría que probar. Yo pienso más bien que todos los «amores» son formas biográficas derivadas del amor en sentido estricto, realidades humanas cuya última raíz está en la posibilidad del amor en el riguroso sentido del término [...].

¿Cuándo madura y se actualiza la persona prometida y latente en el niño? Sin duda al llegar a la pubertad, es decir, a la edad en que su condición sexuada es plenamente poseída [...]. La realidad plena de la persona coincide con la inserción en el horizonte de la condición amorosa intersexuada, a la luz de la cual se ordenan y adquieren significación biográfica todas las demás realidades «afectivas». Significa el paso a otro orden de magnitud o, si se prefiere, a otra cualidad. Si se quiere hablar de géneros, ahora es cuando se realizaría el «paso a otro género», no el descubrimiento particular dentro de un género ya conocido. [*En el Génesis II, 24, la creación del hombre como varón y mujer, la condición sexuada*] es la raíz de la primera relación humana y, por tanto, del primer amor.

De esta condición hay que partir, si no me engaño, para comprender todas las formas de lo que se llama «amor» en cualquier sentido. Entiéndase-me bien. No quiero decir que cualquier amor sea una modificación -menos todavía, una degeneración- del amor heterosexual, sino que, en la efectiva realidad de la vida humana tal cual es, dentro del ámbito de la estructura



empírica, todo amor radica en esa condición sexuada que es la posibilidad del amor entre hombre y mujer [...]. No es casual que en tantas lenguas la palabra «amor» tenga un sentido amplísimo y vago y un sentido más preciso y fuerte, que es justamente el amor entre hombre y mujer. Sin este, todos los «amores» humanos serían otra cosa, tendrían otro sentido. Y no sería difícil perseguir las anomalías en estos «amores» -desde la amistad hasta la pasión intelectual o el patriotismo- cuando por cualquier razón está afectada la raíz del amor en sentido riguroso [...].

La instalación de la persona en su condición amorosa en su concreción respecto de otra persona [...] es el que podríamos llamar «lugar ontológico» del amor en sentido estricto, interpretado biográficamente y dentro del marco de la estructura empírica. En él habrán de radicarse todas las formas posibles -histórica, social y personalmente- de amor, y todas aquellas formas de «amor» en el sentido lato de la expresión, que habría que derivar homológicamente, mediante sumas y restas, es decir, mediante modificaciones estructurales, de ese núcleo radical y originario»<sup>11</sup>.

La cita ha sido larga, pero tiene la virtud, creo, de plantear el problema en términos rigurosos, a la altura de nuestro tiempo. Es un buen punto de partida para reflexionar sobre estos temas. En general, hablamos por aproximación; no amamos el rigor de los conceptos. No hay más que preguntar por el significado de las palabras que usamos a diario. Preferimos la luz agriada, el trazo grueso, el crepúsculo y las vaguedades.

## 12.- *Amar y ser amado*

En ninguna otra relación humana resalta más la estructura interpersonal del hombre que en el amor. El hombre es comunidad. Decir hombre es decir sociedad, pluralidad. Un hombre solo no sería hombre.

Al hablar del amor, se acostumbra a pensar y hablar del amor *a* los demás, pero se suele pasar por alto el amor *de* los demás. Y, sin embargo, este amor es uno de los factores determinantes en el desarrollo equilibrado de la personalidad. Cada uno se percibe a sí mismo, se percata de quién es él en el trato con los otros. Y según sea el trato que reciba, así será la percepción que tendrá de sí mismo. Se hará consciente de su dignidad, de ser alguien, de ser persona, si es tratado como tal. Pero si los demás le desprecian y ningunean, se sentirá vil y despreciable y nadie. De ahí la estupidez

---

11. Julián Marías, *Antropología metafísica*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 199-202.

antigua, todavía seguida por muchos, de no alabar, en su presencia, a quien se lo merece, no sea que se ensoberbezca, y sí, en cambio, censurarle para que se humille, especialmente a niños y jóvenes. Hay que alabar a las claras, sin tapujos, lo que merece alabanza. En cuanto a lo censurable, o se censura abiertamente o se calla uno. Lo que no es admisible es elogiarlo en voz alta y zamarrearlo por los rincones. Esto tiene un nombre: hipocresía, farsa. De ahí también el peligro que tiene trivializar la corrección fraterna y convertir en ejercicio cicatero y ruin lo que fue establecido por motivos graves. Hay quienes se dedican a señalar las motas, pero nadie se atreve a sacar las vigas (Lc 6, 41).

¡Qué contento se puso el pícaro Guzmán de Alfarache tras oír predicar «un buen sermón de un docto agustino» sobre el Cuerpo Místico de Cristo. «¡Válgame Dios -me puse a pensar- que aun a mí me toca y yo soy alguien! ¡Cuenta se hace de mí! ¿Pues qué luz puedo dar o cómo la puede haber en hombre y oficio tan oscuro y bajo? Sí, amigo, me respondía. A ti te toca y contigo habla, que también eres miembro de este Cuerpo Místico, igual con todos en sustancia, aunque no en calidad»<sup>12</sup>.

«Y ¿qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado?», se pregunta san Agustín<sup>13</sup>. Amar y ser amado. Al amar, el hombre se logra a sí mismo, madura humanamente más que con ninguna otra actividad. Se cumple, también aquí, lo del evangelio: el que pone a salvo su vida, el que no la entrega a los demás, la pierde; pero el que la pierde, el que la entrega a los demás, la salva (Mt 16, 25). El amor es incluso motor del desarrollo intelectual. Aviva la inteligencia en la comprensión de lo que se ama. Cuando un tema atrae el interés y el investigador se entrega a él con amor y gozo, los resultados suelen ser óptimos. Todo cambia si se trabaja con desgana. Es un hecho comprobado constantemente el progreso que hacen los alumnos con el maestro al que aman<sup>14</sup>. Si le aman, es, sin duda, porque se sienten amados por él. Y esto nos lleva al otro aspecto del amor, al amor recibido. No menos necesario que amar es ser amado. Es precisamente el no ser amado lo que hace ver lo imprescindible que es el amor en la afirmación de la persona, especialmente en la infancia, pero no solo en ella<sup>15</sup>. Desequilibrios, perturbaciones

12. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Clásicos Castellanos 83), parte I, libro II, c. 3, Espasa-Calpe, Madrid 1969, Vol. II, 38.

13. *Confess.* II, 2, Cf. *ib.* III, 1, 1.

14. «Serán tanto más provechosas las horas de la escuela, cuanto más se parezca a la madre quien les enseñe, aun con detrimento de la sabiduría académica. Goethe decía -y con qué profunda verdad!- que «solo aprendemos de aquel a quien amamos»; y esta frase nos enseña todo el valor pedagógico de la madre, y en su defecto, de la maestra, más que sabia, maternal» (Gregorio Marañón, *Biología y feminismo*, en *Obras completas*, Espasa-Calpe, Madrid 1967, III, 26)

15. Cf. Juan Rof Carballo, *Violencia y ternura* (Col. Austral A 19), Espasa-Calpe, Madrid 1988.

psicológicas, trastornos incluso biológicos provienen muchas veces de no sentirse amado. No sentirse amado es sentir el vacío de la propia existencia, sentirse al borde del abismo, quizá precipitarse en él. El amor se aprende amando, es verdad, pero se aprende aún más, siendo amado. Primero el ser amado y después amar. El niño aprende a amar al ser amado. Su amor es respuesta al amor recibido. El amor es siempre respuesta al otro, no sólo en la niñez. Es el otro, con su sola presencia, el que incita, el que hace aparecer la posibilidad de amar, el que origina el deseo de amar.

El infierno no son los otros, hay que afirmar rotundamente contra Lastre. El infierno es una vida de que está ausente toda mirada amorosa; una vida no estremecida por la presencia del otro, en la que nunca se haya oído la voz cálida de otra persona.

«Sólo Dios basta», escribió santa Teresa<sup>16</sup>. ¡Memez soberana!, dicho sea con todo respeto a la santa. Si sólo Dios basta, ¿qué estamos haciendo aquí los demás? Semejante afirmación la contradijo, como tantas otras, con su vida de intensas y sobreabundantes relaciones humanas, a veces demasiado humanas; difícilmente encajables en los cánones ascéticos que ella misma, siguiendo la tradición, enseñaba y hacía cumplir. Pero es que los textos del Nuevo Testamento, los citados al hablar de la reciprocidad del amor y otros muchos, dicen lo contrario.

¡Cuántas depresiones y neurastenias se evitarían en los conventos si existiera en ellos este mutuo amor cariñoso de que nos habla el Nuevo Testamento! Pero los maestros espirituales vieron siempre la afectividad como una zona oscura y pantanosa en la que el diablo campaba a sus anchas. La rigidez y austeridad eran norma del trato personal, siempre parco y controlado. De aquí el persistente estiaje afectivo de la vida conventual. El cariño se veía como afeminamiento, y ya se saben las connotaciones peyorativas que esta palabra conllevaba. Incluso las mujeres tenían que ser varoniles<sup>17</sup>, ásperas y hurañas. Un solo ejemplo: «ninguna hermana abraza a otra, ni la toque el rostro, ni en las manos, ni tengan amistades en particular, sino todas se amen en general, como lo mandó Cristo a sus apóstoles muchas veces, pues siendo tan pocas, fácil será de hacer. Procuren de imitar a su esposo, que dio la vida por nosotros; este amarse unas a otras en general y no en particular importa mucho»<sup>18</sup>.

16. *Poetas*, en *Obras completas*, edic. cit., 514.

17. «No querría yo, hijas mías, lo fuédesed en nada (*mujeres*), ni lo pareciédesed, sino varones fuertes [...]. El Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres» (santa Teresa, *Camino de perfección* 7, 8, códice de Valladolid, en *Obras completas*, edic. cit., 221).

18. Id., *Constituciones* 6, en *Obras completas*, edic. cit., 642.

En el ambiente en que se vivía en los conventos, las amistades y otras señales de afecto no

¿Dónde prohibió Jesucristo a sus apóstoles que se amasen en particular y les mandó que lo hicieran en general? ¿Qué clase de amor es ese «en general»? El amor, si existe, es personal, individualísimo, de persona a persona. Y, cuando es recíproco, como pide el evangelio, alcanza a estas en su núcleo más irreductible. Habrá que amar a todos sin acepción de personas, como ama Dios (Rom 2, 11; Sant 2, 1; y otros varios textos del NT); pero, también como Dios, a cada uno en particular (los «llama por su nombre» (Jn 10, 3), individualísimamente. La amistad, por otra parte, o es particular o no es amistad. Amigo de todos, amigo de nadie. ¿En virtud de qué se puede prohibir sentimiento tan humano y necesario? Y ¿dónde prohibió Jesucristo a los discípulos las muestras de amor y amistad usuales en su tiempo y las de los siglos venideros?

Sería curioso y ejemplar un estudio comparado de la afectividad en los clásicos espirituales y en el Nuevo Testamento, comenzando por lo que en él se dice sobre la de Jesucristo. Veríamos entonces cuándo y dónde se fueron introduciendo doctrinas extrañas a la inspiración original, por mucho que se haya repetido a lo largo de la historia la cantinela del retorno a las fuentes. Y es que cada cultura y cada época tiene sus propios ojos y con ellos lee los textos del pasado. También nosotros. El retorno a las fuentes sólo puede significar, en el mejor de los casos, conocerlas. Nada más. Nunca, gobernarse por ellas.

---

dejaban de ser un peligro. Eran notorios y frecuentes sus desvíos. El error estaba en pretender solucionarlos con inútiles recursos de tejas arriba, siendo así que su solución está de tejas abajo, y con castigos y prohibiciones, estableciendo tiempos, siempre escasos, de recreo en común, únicos en los que se permitía el trato con los hermanos, y controlando incluso el contenido de la conversación. Es decir, condenando la convivencia. Como siempre, para que no hubiera abusos se prohibían los usos. No hay modo de solucionar un problema mal planteado. Una afectividad viciada en su raíz produce frutos viciados. Ahí está la historia del celibato que lo corrobora.

En la vida humana, tal como es, hay una determinación sexuada. No existe «el hombre». Existen varones y mujeres en relación de disyunción y polaridad. Cada término de la relación está intrínsecamente referido al otro, como define la disyunción el *Diccionario de la Real Academia Española*. Se proyectan mutuamente el uno hacia el otro, se reclaman entre sí. Desde su condición sexuada ve cada cual la realidad entera. Toda la vida, hasta la comprensión de la física cuántica, por ejemplo, queda impregnada por ella. Y en ella se originan los comportamientos sexuales y asexuales (los «asexuados» no existen) (cf. Julián Marías, *Antropología metafísica*, edic. cit., 145-154 y 183-212). Negar esta condición sexuada del hombre, aunque sea por sublimación, distorsiona la vida entera. «La dualidad de los sexos trae consigo que hombres y mujeres estén constituidos por la referencia de los unos a los otros hasta el punto que, tanto en aquellos como en estas, todo modo deficiente en vivir referido al otro sexo es lo que, en cada caso, reclama explicación y justificación» (José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, (Col. Austral 1501), Espasa-Calpe, Madrid 1972, 113).

### 13.- *Excurso sobre la experiencia de Dios en la naturaleza*

Si «Dios es amor» (1 Jn 4, 8), el amor al prójimo será evidentemente lugar de encuentro con él. Ahí podrá el hombre compenetrarse e identificarse con Dios. Si Dios es Padre, se le encontrará siendo hijos suyos, imitándole, amando a los hombres como él los ama. Pero ¿solo ahí se le podrá encontrar? Dios es creador. Es también una de las afirmaciones bíblicas fundamentales. Parece que también se le podrá encontrar en las criaturas, en la naturaleza.

«Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexione sobre sus obras, de modo que no tienen disculpa» (Rom 1, 20). Pero la lectura que se ha hecho de este texto durante siglos ha sido mágica. Consiste en afirmar de Dios, llevadas al máximo, las cualidades de las criaturas, y en negar en él los defectos de estas. Método a todas luces erróneo. ¿En qué se parece la silla al silletero? «No he visto nunca parecerse nada la raíz de la planta a su flor ni a su fruto. Probablemente, pues, es condición de toda causa no parecerse nada a su efecto»<sup>19</sup>.

Este y otros textos bíblicos movían a buscar pruebas de la existencia de Dios por las criaturas; pruebas que cuajaron en las famosas cinco vías de santo Tomás, cuya trampa descubre hoy cualquier párvulo. En ellas, antes de partir, se conoce ya, y muy bien, la realidad a la que por fas o por nefas hay que llegar. Es el mismo sofisma que sigue usándose, a veces, en la investigación teológica. Se parte de una verdad incommovible en todos sus extremos y se les dice a los teólogos: busquen las pruebas. Llamar a esto investigación no es serio ni emparentarlo con la razón. Para llegar a Dios desde el mundo no se puede empezar llamando criaturas a las cosas, si antes no se ha demostrado que han sido creadas. De las cosas, del universo, se llegará, si es que se llega, a un fundamento y raíz; pero que eso sea Dios es lo que hay que probar y no darlo por probado: «a esto llamamos Dios, luego Dios existe». Si se probara, aún nos quedaría mucho trecho para demostrar que ese Dios es el Dios del que hablamos los cristianos u otro cualquiera de los que hablan otras tradiciones<sup>20</sup>

19. José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias* (Col. Austral 151), Espasa-Calpe, Madrid 1968<sup>7</sup>, 38.

20. Doy tan solo una bibliografía de urgencia:

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, introducción de Pedro Cerezo Galán (Col. Austral A 312), Espasa-Calpe, Madrid 1993, 10, 49-50 y *passim*; id., *Mi religión y otros ensayos breves*, (Col. Austral 299), Espasa-Calpe, Madrid 1968<sup>5</sup>, 11-12; Fernand van Steenberghen, *Un incident révélateur au Congrès thomiste de 1950*, en *Revue d'Histoire Ecclesiastique* 84 (1989) 379-390, donde cita otras publicaciones suyas que no he podido consultar; Fidel

A lo largo de los siglos, ha habido muchos hombres que han hablado de su experiencia de Dios en muy variadas formas. En el corazón de un bosque solitario y rumoroso, junto a un manantial que puja y puja, a la vera de un río que se precipita o se remansa, en el silencio de una noche estrellada..., el hombre puede encontrarse lleno de preguntas que le lleven hasta la misma entraña del mundo, al interior iluminado de la totalidad de las cosas, y a trascenderlas todas en busca del ausente, de su razón fundante.

Kant y Heidegger, Leopoldo Panero, Dámaso Alonso, Unamuno, Mallarmé, Schleiermacher, Gerard Manley Hopkins, sor Juana Inés de la Cruz, Pascal, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, fray Luis de León y tantos otros, desde el hombre primitivo a nuestros días, contemplaron, sobrecogidos, el parpadeo de lo divino en el silencio nocturno. Sintieron en sus carnes, estremecidos, el ala del misterio, la presencia por ausencia de alguien inasible, invisible e inefable. Cada uno de ellos nos dejó su versión, de acuerdo con sus creencias y supuestos.

La presencia por ausencia de alguien, acabo de escribir. Esto no lo hubiera dicho jamás un antiguo. Para ellos la presencia de Dios en el cielo nocturno era algo evidente, inmediato, tan presente como las estrellas. Aún más, pues era él quien las sostenía en el ser y les daba luz, la verdadera causa inmediata de todo cuanto eran y hacían<sup>21</sup>. Era él más que ellas quien lo hacía. En el cielo nocturno, ellos veían a Dios como vemos nosotros las estrellas. Y ¿cómo no iban a verlo si el aire estaba poblado de poderes y las estrellas habitadas de inteligencias soberanas, y las siete esferas y los tres cie-

---

Casado, *¿Es válida la demostración racional de la existencia de Dios a través de las vías?*, en *Estudio Agustiniiano* 5 (1970) 627-639; Xavier Zubiri, *El hombre y Dios*, Alianza Editorial / Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1985, 118-178; Julián Marías, *El problema de Dios en la filosofía de nuestro tiempo*, en *San Anselmo y el insensato*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 66-70 y 91-93; id., *La filosofía del P. Gratry*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1972, 98-113.

El problema de lo fundamental y lo último, a partir de la *relicación* del hombre, ha sido planteado por Zubiri en toda su radicalidad. Su esfuerzo filosófico es inestimable. Aun así, no hemos llegado al umbral de la divinidad y estamos lejos, muy lejos, del Dios de los cristianos. Cf. Paulino Garagorri, *Unamuno, Ortega, Zubiri en la filosofía española*, Editorial Plenitud, Madrid 1968, 131-168; Diego Gracia, *Voluntad de verdad (Para leer a Zubiri)*, Editorial Labor, Barcelona 1986, 94-98 y 211-236.

21. Solamente dos textos de fray Luis de León. «Porque, a la verdad, el nacer los árboles, y el crecer y dar fruto, parece negocio que viene todo del cielo, y cosa no hecha por los árboles, sino que la hacen en ellos con pequeña ayuda de ellos, y por orden y eficacia de otros» (*Exp. del libro de Job*, 8, 20, en *Obras completas castellanas*, BAC, Madrid 1951<sup>2</sup>, 921). «Porque él lo hace todo, no solo porque desde su principio compuso las causas para ello, sino también porque, cuando se hace, concurre él con las causas» (*Íb.*, 37, 6, *ib.*, 1219). Cf. P. Marcelino Gutiérrez, *Fray Luis de León y la filosofía española del siglo XVI*, en *Obras completas*, Real Monasterio de El Escorial 1929, I, 203-206.

los se movían acordemente, en danza cósmica, alabando al Señor, sentado como rey en el empíreo con sus ángeles y sus santos? En el silencio de la noche, solo ante el misterio, el hombre se sentía desterrado, lejos de la patria por la que gemía. De allí le llegaban los sonos de una música no precedera<sup>22</sup>. En respuesta a ella, se le despertaban las ansias más profundas, y los ojos se le convertían en manaderos, y suspiraba por la luz que no conoce ocaso y por la «verdad sin velo» (fray Luis de León) y el reposo eterno. Como suspira quien, en la fría soledad de una noche de invierno, oye la música lejana que baja hasta él desde la casa que brilla en fiestas allá en la montaña<sup>23</sup>.

No son, evidentemente, éstos nuestros sentimientos; pero, por muchas explicaciones científicas y filosóficas que se den, la noche sembrada de estrellas seguirá llenando de asombro a los mortales, que seguirán haciéndose preguntas, pero ahora quizá sin respuesta. Sonos, perfumes, voces, parpadeos, sueños... El hombre seguirá, inevitablemente, acudiendo a la cita tras el rastro que se pierde en el confín inaccesible. «Vengo detrás de una copla / que había por el sendero»<sup>24</sup>. «Desde el umbral de un sueño me llamaron...»<sup>25</sup>.

Pero no sólo en la noche se encontraba a Dios. Para los hombres anteriores a la modernidad secularizada las criaturas eran camino hacia él. Como nosotros vemos el paisaje a través del cristal sin fijarnos en este, ellos veían a Dios a través de las criaturas, que para ellos eran traslúcidas. Fijarse, detenerse en ellas, estudiarlas era violentarlas, alterar su finalidad, pecar. Es este un tema recurrente en los autores espirituales. Sea suficiente citar a san Agustín.

«Pregunté a la tierra y me dijo: ‘no soy yo’; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viviente y me respondieron: <no somos Dios, búscale más allá de nosotros>»<sup>26</sup>. Y así continúa preguntando al aire, al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, recibiendo siempre la misma respuesta: «no somos tu Dios». «No sois mi Dios, pero decidme algo de él. Y todas exclamaron a una inmen-

22. Cf. San Agustín, *Enarr. in ps.* 41, 9.

23. Cf. las odas «El aire se serena», «¿Cuándo será que pueda...?», «Cuando contemplo el cielo» y «Alma región luciente» de fray Luis de León, *Poesías*, en *Obras completas castellanas*, V, VIII, XII y XVI, edic. cit., 1.436-1.438, 1.442-1.444, 1.451-1.453 y 1.458-1.460.

24. Juan Ramón Jiménez, *Pastorales*, I, en *Segunda antología poética (1898-1918)* (Col. Austral 1460), Espasa-Calpe, Madrid 1969, 55.

25. Antonio Machado, *Galerías, LXIV*, en *Poesía y prosa*, edic. crítica de Oreste Macrí (Clásicos Castellanos. Nueva Serie 12), Espasa-Calpe, Madrid 1989, 474.

26. *Confess.* X, 6, 9.

sa y sola voz: 'él nos ha hecho'. Mi pregunta era mi mirada atenta; y su respuesta, su belleza»<sup>27</sup>. «A todos hablan, pero solo entienden su voz los que la contrastan con la verdad interior»<sup>28</sup>.

Esta última frase nos abre el camino para entender qué es lo que se quiere decir cuando se habla de las criaturas como voz de Dios o del cántico con que le alaban. ¿Cantan ellas la gloria de Dios o la canta el que las ve? ¿Son voz de Dios o las hace voz de Dios el que las contempla? Lo que hacemos es trasladar nuestros sentimientos a las criaturas, hacerlas resonadores de nuestros pensamientos; personificarlas, ya dirigiéndoles la palabra (apóstrofe), ya haciéndolas hablar (prosopopeya). Una técnica bien conocida en todas las literaturas. No son los ojos los que ven, sino el hombre. No se ve con los ojos, sino con los conceptos, dice Platón en el *Teeteto*; con la «verdad interior», dice san Agustín. Los ojos son como el cristal por el que vemos. Por eso hay tantas ideas de la realidad, tantos puntos de vista, que es lo que significa etimológicamente *idea*. Y unos alaban a Dios al ver el universo; otros se encogen de hombros y otros lo niegan.

«Que todas tus criaturas te den gracias, Señor» (Sal 145 (144), 10). ¿Cómo le alabarán «si no tienen voz ni pueden conocer a Dios [...]». La urdimbre de las criaturas, esta ordenadísima belleza, sin interrupción desde lo ínfimo a lo sumo y desde lo sumo a lo ínfimo, templada, sin embargo, con sus diferencias, alaba toda ella a Dios. ¿Por qué lo alaba? Porque al ver su hermosura, alabas tú a Dios en ella. La belleza de la tierra es, en cierto modo, la voz de la tierra. Fijas tu atención y ves su belleza, su fecundidad, su vigor, cómo germina la semilla, cómo a veces produce lo que no se ha sembrado. Lo ves y con tu atenta mirada es como si le preguntaras. Tu investigación es tu pregunta. Y cuando has investigado y escudriñado con asombro su fuerte vigor, su hermosura inmensa y su claro poder, que por sí misma no puede tenerlo, al instante piensas que no puede existir por ella misma, sino por su Creador, Lo que en ella encontraste es la voz de su alabanza para que alabes tú a Dios. Es que, ¿considerada en su conjunto la belleza de este mundo, no te responde a una sola voz: 'no me hice yo, sino Dios' ?»<sup>29</sup>. El hombre mira, es decir, pregunta. Y lo que ve le fuerza a alabar a Dios, es decir, responde. Es el hombre quien pregunta y es él quien responde. Si el que pregunta y responde canta la gloria de Dios, las criaturas la cantan.

27. *Íb., íb.*

28. *Íb., íb., 10.*

29. *Enarr. in ps.* 144, 13. Sobre la mirada como pregunta y la respuesta de las cosas; sobre el lenguaje de las cosas; la voz de la realidad, o como quiera decirse, tiene unas consideraciones profundas y bellas Manuel García Morente, en *Escritos pedagógicos* (=Col. Austral 1571), Espasa-Calpe, Madrid 1975, 143-145.



Hubo siglos en que el hombre de determinadas culturas no vio así las cosas. No había para él criaturas, pues no había creación. Con el proceso de des-cristianización que comenzó a vivirse en la Edad Moderna, las criaturas están dejando de serlo y Dios aparece cada vez más lejano en el horizonte de muchos hombres.

La belleza del universo, en su conjunto, fuerza a alabar al Creador. ¿Y la fealdad? ¿Y el mal? «Por envidia del diablo» entraron en el mundo (Sal 2, 24; Gén 3, 14-19), contestaban de carrerilla los creyentes. Algunos, sin excluir esta razón, sintiéndose poetas añadían: son los lunares en el rostro de la hermosa; las palabras neutras que, lejos de anular la belleza de un poema, la realzan; las disonancias que no disuenan, sino que refuerzan la armonía<sup>30</sup>. Hoy muchos, dubitativos, se abstendrán de responder. Algunos quizá sospechen que la idea tradicional de Dios, un Dios congelado, garrapiñado, identificado con el ser de Parménides, ya no funciona. Que, como cristianos, tenemos que redescubrir al «Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías; Padre cariñoso y Dios que es todo consuelo» (1 Cor 1, 3); Dios que es vida y da vida, Dios que es amor y da amor y ríe y sufre y llora, el Dios del que hablan los evangelios. Los cristianos haremos bien en volver a él, en vivir lo que Jesús vivió y enseñó, y desde ahí hacernos nuestras preguntas.

#### 14.- *Historicidad del amor*

Lo cierto es que definimos el amor, la justicia, la vida religiosa, la pobreza, el matrimonio, la ciudad, la espiritualidad agustiniana, el hombre, la religión, el sacerdocio, la libertad, la rosa, el seminario, el sol, la tierra... y cualquier otra realidad, y nos paseamos con esa definición por la historia

---

30. «Dios, por quien el conjunto de las cosas es perfecto, aun con sus imperfecciones. Dios, por quien nada disuena hasta el confín del mundo, pues las cosas peores cantan a una voz con las mejores [...]. Dios, en quien están todas las cosas, pero a quien ni la fealdad le afea, ni la malicia le hace malicioso, ni el error le extravía» (san Agustín, *Sol.* I, 1, 2). Tanto los demonios como los hombres malos contribuyen al bien de los buenos «y así se embellece el orden de los siglos, como una canción bellísima compuesta de antítesis [...]. Las antítesis embellecen el lenguaje. Así las realidades contrarias realzan la belleza de las generaciones» (id., *De civ. Dei.* XI, 18). Dios, inmutable, gobierna las cosas mudables y manda las convenientes a cada tiempo «hasta que pase la hermosura del conjunto de los siglos, del que aquellas son partes, adecuadas cada una a su momento, como una inmensa canción de un cantor inefable, y vayan a contemplar eternamente la belleza los que dan culto legítimo a Dios mientras es el tiempo de la fe» (*Ep* 138, I, 5). El universo entero es «una canción», *carmen universitatis* (*De musica* VI, 11, 29), que no debe traducirse por *poema*, sino por *canción*, como ya observó Ernst Robert Curtius (cf. *Literatura europea y Edad Media latina*, FCE, México- Madrid-Buenos Aires 1976, II, 759).

universal sin hacer distinción de tiempos y lugares, mucho menos de personas, creyendo que en cada caso agota la realidad. Prescindimos de todas las circunstancias socio-históricas en que se ha encarnado y de todo lo individual. Todo ello lo juzgamos una quisicosa, un accidente sin mayor interés. Y así no nos enteramos de nada. La realidad, que no es un concepto, aunque necesitemos de ellos para apresarla, se nos escapa siempre. Decimos, por ejemplo, que el sentido vivo de comunidad es un rasgo característico de la espiritualidad agustiniana, herencia de san Agustín, y nos quedamos tan orondos. En realidad, no hemos dicho nada concreto si a continuación no materializamos su significado y lo corporeizamos con el contenido real que tiene en la época o en el autor que estudiamos. Tan distinto puede ser ese contenido como lo es promover la convivencia o prohibirla como fuente de pecado, aunque en uno y otro caso se proponga la vida en común. De no hacerlo así, damos a las palabras nuestros significados, como si siempre hubieran tenido los mismos, y creemos que la comunidad agustiniana ha sido siempre como es hoy. ¡Gravísimo error!

Pasar del significado abstracto de una palabra, consignado en el diccionario, de su definición, al significado concreto que tiene en cada uso, a la realidad por ella denotada, que es siempre singular, es una operación arriesgada<sup>31</sup>.

Entre los muchos factores que hay que tener en cuenta para establecer el significado concreto de un texto ( su análisis lingüístico, literario, semiótico...), aparte de su situación , ya señalada, me voy a fijar sólo en dos.

Uno de ellos es el contexto histórico-cultural, es decir, todo aquello que pertenece a las circunstancias históricas (políticas, económicas, sociales...) y a la tradición cultural (ideas, usos y costumbres, creencias, supersticiones...) en que se usa la palabra.

*Deus* significa en latín «un dios, algún dios», no «dios», como suele traducirse (había muchos), mientras que en el latín cristiano significa «Dios» (no hay más que uno), una realidad espiritual, una en naturaleza y trina en personas. Sería ingenuo, y sin embargo es lo que hacemos, dar por supuesto que la palabra *deus* significó en el latín tardío lo mismo que en el latín arcaico. O que la palabra *Deus* del latín cristiano significó lo mismo para los humanistas que para los obispos visigodos, para el alto clero o para la masa de cristianos, y que sigue significando lo mismo para los cristianos actuales.

Tan importantes como las palabras que aparecen en un enunciado son los contextos verbales y extraverbales en que se insertan. Si digo que voy a

---

31. Cf. Eugenio Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general* (Biblioteca Románica Hispánica.II. Estudios y Ensayos 61), Editorial Gredos, Madrid 1967, 282-323; José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente* (Col. Austral 1501), Espasa-Calpe, Madrid 1972, 182-209.

investigar el significado de «los pocos sabios que en el mundo han sido», el conocido verso de fray Luis de León, no voy a investigar el verso que acabo de escribir, sino el verso quinto de su oda primera, que solo en relación con ella y con todas las obras de fray Luis y con el contexto de fecha y lugar en que fue escrito tiene significado cabal.

«De lo sos ojos tan fuertemiente llorando», dice el primer verso del *Cantar del Cid*. No entenderíamos que un hombre «tan bien barbado» como el Cid «llorase fuertemiente», al partir al destierro, si no supiéramos que para el hombre antiguo no había dolor si no se expresaba externamente, si no se lloraba. «De los sos ojos» nos parece un relleno, un ripio, un pleonasmo; pero cambiaremos de opinión si sabemos que el verbo *llorar*, sin más precisiones, significaba entonces llorar con sollozos y gritos, rasgándose las vestiduras, mesándose los cabellos, golpeándose el pecho y arañándose... El verso, por lo tanto, significa que el Cid lloraba intensamente, pero con llanto silencioso, sólo de ojos, como ha notado Alberto Montaner<sup>32</sup>.

«Verano era aquel, verano hacía / el mundo en general, porque templaron / los vientos su rigor y fuerza fría». Así traduce fray Luis de León unos versos de las *Geórgicas* de Virgilio<sup>33</sup>. Nos extraña que se diga que en verano templan los vientos su rigor y frío. Comentando a Job escribe: «las tempestades vienen como sin pensar en verano, porque el verano es tiempo alegre y sereno, y destruyen antes que se sazonen los fructos, y es mal que viene de golpe y de presto»<sup>34</sup>. Seguimos sin entender. Pero todo se aclara si sabemos que *verano* (*ver*, *-ris*, *veranum tempus*) para fray Luis y sus contemporáneos, como para los hombres de la Edad Media, designaba aproximadamente nuestra primavera, y *primavera* (prima-vera) para ellos se reducía a los días templados que suele haber al comienzo de nuestra primavera (su verano). Nuestro verano era para ellos el estío.

Podría hacerse una antología con las anotaciones disparatadas que se han puesto a algunos textos clásicos, creyendo saber lo que no se sabía. Más de un erudito ha andado a la caza de primeras ediciones por haber leído en la portada de algunos libros: «ahora nuevamente editado», ignorando que *nuevamente* significaba entonces «por primera vez» o «recientemente, poco ha». «Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano (*la conversión de los gentiles*), escribe fray Luis de León, pasó en la edad de nuestros

32. Cf. *Cantar de Mio Cid*, edic. de Alberto Montaner, estudio preliminar de Francisco Rico, Crítica, Barcelona 1993<sup>2</sup>, 103 n-1.

33. Cf. *De los nombres de Cristo*, l. 3, *Hijo de Dios*, en *Obras completas castellanas*, edic. cit., 681.

34. *Exposición del libro de Job*, 36, 14, *ib.*, 1207-1208.

padres, y pasa ahora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado»<sup>35</sup>. No es que fray Luis crea que América había sido descubierta antes que los españoles arribasen a sus costas. Dice que ha sido descubierta «recientemente, poco ha».

Las palabras no viven aisladas, Se enlazan entre sí en campos semánticos y estos se enlazan a su vez entre ellos, formando una red inextricable de significados, que no es estática, sino que varía a lo largo de la historia de la lengua, y se descompone y recompone en nuevas asociaciones. Las palabras hay que leerlas en el interior de esa red y en el interior de los códigos culturales del tiempo y lugar en que fueron escritas, descubriendo el suelo y subsuelo en que se asientan.

Estamos muy lejos de disponer de una historia de la palabra amor para andar orientados en nuestras reflexiones. Habría que ver, en primer lugar, si en todas las épocas ha tenido su significado saturado en el amor intersexual, como lo tiene hoy, o si ha habido épocas en las que lo ha tenido en alguno de sus otros usos<sup>36</sup>. Comenzamos por no saber lo que significa etimológicamente, es decir, no sabemos por qué llamamos «amor» al amor. No cabe irracionalidad mayor.

### **15.- *Historicidad del amor cristiano***

¿Qué significaban en su contexto verbal e histórico-cultural y en la situación en que, según Juan, fueron pronunciadas, las palabras que estamos comentando? Algo podemos entrever y algo he dicho respecto a la situación y al contexto verbal, tanto en el evangelio de Juan como, en general, en el Nuevo Testamento; pero muchas de las preguntas que nos hacemos quedan sin contestación. Comenzamos por no saber hasta qué punto son palabras de Jesús o mera creación de Juan. En todo caso, expresan la visión de fe que una comunidad cristiana tenía de Jesús, presente por su Espíritu en ella; Espíritu que es vida de Dios, fuerza suya.

Lo evidente es que han sido vividas de muy diferente manera según los tiempos y lugares. Y se vivirán de manera muy distinta de como las vivimos nosotros. Para darnos cuenta de ello bastará estudiar cómo se han vivido entre cristianos, comenzando por las cartas del Nuevo Testamento, las rela-

---

35. *De los nombres de Cristo*, 1. 2, *Brazo de Dios*, edic. cit., 545.

36. Cf. *Diccionario histórico de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid 1986, fascículo 17º, s. v. *amor*.

ciones entre amos y esclavos, entre señores y vasallos, entre amos y criados, entre patronos y obreros o, en general, entre ricos y pobres a lo largo de la historia. Hoy nos parece injusto el trato que hasta fecha reciente se daba a los criados o a los obreros. No tergiverseamos la historia. La escasa justicia social que hoy día hay en el mundo, incomparablemente superior, sin embargo, a la de épocas anteriores, ha tenido que ser arrancada a las clases dirigentes, también a las iglesias cristianas. La insensibilidad de estas a la justicia social ha sido escandalosa. Los más iracundos sermones contra los ricos, y hubo muchos, no consiguieron nada eficaz, técnicamente hablando, porque, en definitiva, eran una vehemente, pero piadosa exhortación a la limosna; no a un cambio de las relaciones sociales, a un vuelco del orden establecido. Y no podían serlo porque aquellos hombres estaban en la creencia (y las creencias no se discuten, son la tierra firme sobre la que caminamos) de que ese orden era de derecho divino. Combatían tan solo, y con qué furia algunos de ellos, los abusos, no los usos<sup>37</sup>. Y eran estos precisamente los que había que combatir. Los mismos que se despachaban tan violentamente contra los ricos, exhortándolos a la limosna, predicaban, con no menos violencia, resignación a los pobres en espera del juicio de Dios.

«Cuando Dios hace a los pobres, pues es él quien no quiere que posean, los hace para probar a los ricos. Así está escrito: *el pobre y el rico se encontraron. ¿Dónde se encontraron?* En esta vida. Nació este y nació aquel, se tropezaron y *se encontraron*. ¿Quién hizo a los dos? *El Señor* (Prov 22, 2). Al rico para ayudar al pobre; a este para probar a aquel. Obre cada cual según sus posibilidades, de modo que él no padezca necesidad (no proponemos que la padezca). Lo que a ti te sobra otro lo necesita»<sup>38</sup>. Hay pobres y ricos porque Dios lo quiere; es él quien los hace, como nos lo dice su palabra (Prov 22, 2). Si no hubiera ricos, ¿quién daría limosna a los pobres? Si no hubiera pobres, ¿cómo se salvarían los ricos? Ambos, pues, son necesarios. Tal es el orden establecido por Dios. ¿Quién se atreverá a cambiarlo?

Se comprende lo absurdo que es aplicar la expresión «opción por los pobres» (lo de «preferencial» sobra), nacida del Vaticano II, a los tiempos

---

37. «Hay acciones o instituciones que nos parecen retrospectivamente conformes al espíritu del Evangelio [...], pero que han sido conseguidas fuera de la acción de los organismos de la iglesia visible, digamos más francamente, a pesar de la oposición encarnizada (*encarnecida, dice la traducción*) de ciertos representantes de lo que un sociólogo llamaría los «ambientes cristianos». [*Dos ejemplos: la tolerancia y* ] el progreso de la justicia social, tan trabajosamente conseguido por el movimiento obrero [...]. En la medida en que el movimiento obrero se hizo temer fue cómo consiguió arrancar jirones de justicia a una clase dirigente, pagana en este punto, aunque a veces se considerase cristiana: esa violencia fue como un *compelle intrare*, que obligó a practicar una justicia que no había conseguido producir la predicación» (Henri-Irénée Marrou, *Teología de la historia*, Ediciones Rialp, Madrid 1978, 123-124).

38. San Agustín, *Serm.* 39, 6.

anteriores, como se hace a veces. Entonces hubo preocupación por ellos, y muchos, muchísimos, ejercieron con ellos caridad; muchos, con riesgo de su vida, y algunos la perdieron. Pero los supuestos de que partían, y ahí están las palabras de san Agustín, eran muy distintos de los nuestros. Hoy se da por supuesto que Dios no quiere la pobreza; que esta, como la riqueza, es obra de los hombres. Hay que hacerse, por consiguiente, solidarios de los pobres para ayudarles a salir de su situación. «Dichosos los que eligen ser pobres, porque esos tienen a Dios por rey» (Mt 5, 3), dice Jesucristo. Los pobres por elección, no por necesidad o porque otros les hayan hecho pobres. La finalidad de esta elección se expresa en las otras bienaventuranzas: liberar a los oprimidos y sojuzgados<sup>39</sup>.

También dentro de las relaciones familiares se combatían los abusos, pero no los usos. La familia tenía una cabeza, el padre. A ella estaban sometidos los demás miembros, como se ve en las cartas del Nuevo Testamento, que siguen la tradición del Antiguo y del contexto grecorromano<sup>40</sup>. Durante el Antiguo Régimen, la autoridad del padre no era muy inferior a la temible del todopoderoso *paterfamilias* romano. Los hijos podían huir de la casa paterna, «desgarrarse» de ella, como se lee en los clásicos<sup>41</sup>. Las hijas estaban a merced del padre hasta que pasaban por decisión de él al dominio del esposo o al de alguna priora. «Respecto a su mujer, aún era mayor, si cabe, su autoridad, puesto que, en caso de que le diera muerte, la justicia prefería cerrar los ojos, a menos que la familia de la víctima fuera muy poderosa»<sup>42</sup>. Escenas de estas eran frecuentes en el teatro de la época. Sin duda, en la realidad no lo eran tanto; pero si aún hoy abundan las vejaciones a mujeres y niños, no es gratuito suponer que entonces sobreabundaban.

Las relaciones familiares, según los que escribían de estas cosas, tenían que ajustarse a patrones muy estrictos. No hablemos del sexo, de sus tiempos y modos, que es para alucinar. Había que desasirse de todo afecto humano, y con qué riqueza de vocabulario lo dicen; de todo lazo de «carne y sangre», que así se decía; renunciar al amor natural —¿qué es esto del amor natural?— y dar paso a la caridad, al amor divino. Algunos, más moderados o menos rotundos en su lenguaje, decían que había que perfeccionar el amor natural mediante la caridad; pero, si se estrujan un poco los textos, se ve que, en rea-

39. Cf. Concilio Vaticano II, GS 26 y 29-32

40. Sobre las relaciones, en el Nuevo Testamento y en san Agustín, de amos y esclavos, y sobre las del *paterfamilias* con los que de él dependían cf. José Vega, *La convivencia*, en *Estudio Agustiniano* 30 (1995) 510-515.

41. «Se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fue por ese mundo adelante» (Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona*, en *Novelas ejemplares*, (Clásicos Castellanos 27), Espasa-Calpe, Madrid 1969, I, 222).

42. Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, en *Historia de España Alfaguara*, Alianza Editorial / Alfaguara, Madrid 1981<sup>8</sup>, III, 195).

lidad, dicen lo mismo. Del haz de relaciones que es la persona había que raerlas todas menos una: la relación con Dios. Siempre que alguien se relacionaba por necesidad con las criaturas, tenía que hacerlo por Dios, como un gesto hacia él, exclusivamente hacia él<sup>43</sup>. Había que evitar, como degradante, el trato con los hombres; también los religiosos entre ellos. «Dijo uno: ‘cuantas veces estuve entre los hombres, volví menor hombre’. Lo cual experimentamos por cierto cuando mucho hablamos»<sup>44</sup>.

Sabido es que el matrimonio fue, durante siglos, un contrato socio-económico. Los padres de los contrayentes establecían las condiciones económicas de la nueva pareja, destinada, como todas, a la reproducción. El amor quedaba fuera. Los esposos tenían que amarse, no con amor humano, sino con amor de caridad<sup>45</sup>, que es casto, espiritual; con el mismo con que se ama a los enemigos. «El cristiano ama en su mujer la criatura de Dios [...] y odia la unión y la cópula corruptible y mortal. O sea, que ama en ella lo que tiene de ser humano y aborrece lo que tiene de mujer. Así ama también al enemigo; no en cuanto es enemigo, sino en cuanto es hombre; hasta desear que le acontezca lo que para sí mismo desea; es decir, que, corrigiéndose, llegue renovado al reino de los cielos. Esto mismo se ha de entender del padre y de la madre y de los demás vínculos de sangre»<sup>46</sup>. «No encuentro para qué ayuda del varón pudo ser creada la mujer, si prescindimos de la procreación»<sup>47</sup>. Cualquier afecto humano había que extirparlo. Que el esposo, por ejemplo, desease amorosamente a la esposa solo podía ser fruto de la concupiscencia, el hediondo gusano enquistado en nuestra carne por el pecado original. Tal doctrina se ha repetido solemnemente en nuestros mismos días. Que lo desease la esposa era algo contra la naturaleza; cosa del mismo Satanás, que lo deseaba en ella. «Porque el ser honesta una mujer no se cuenta ni debe contar entre las partes de que esta perfección (*la de la mujer*) se compone, sino antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y, para decirlo en un palabra, es como el ser y la substancia de la casada, porque, si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo

43. «Llamo caridad al movimiento del alma que lleva a gozar de Dios por él mismo, y de sí mismo y del prójimo por Dios; y concupiscencia al que lleva a gozar, no por Dios, de sí mismo, del prójimo y de cualquier cuerpo» (San Agustín, *De doct. christ.* III, 10, 16). Cf. José Ortega y Gasset, *Vives-Goethe*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 47-48 y 77; id., *En torno a Galileo (Esquema de las crisis)* (Col. Austral 1365), Espasa-Calpe, Madrid 1965, 178-187.

44. Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, trad. de fray Luis de Granada, Aguilar, Madrid 1989, primer tratado, c. 20, 63.

45. Cf. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Edit. Herder, Barcinone 1973<sup>35</sup>, Index systematicus rerum, J 9c, 9cd, p. 908.

46. San Agustín, *De serm. Dni. in monte I*, 15, 41-42.

47. Id., *De Gen. ad litt.* IX, 5, 9.

cieno, y basura la más hedionda de todas y la más despreciada. Y como en el hombre ser dotado de entendimiento y razón no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima, así la mujer no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es»<sup>48</sup>. No es extraño que, en este contexto, mujer *enamorada* significara *prostituta*<sup>49</sup>.

No es este ya, felizmente, el lenguaje del concilio Vaticano II, pero hasta llegar a él los que buscaron caminos nuevos en medio de tan insostenible doctrina fueron, como siempre, condenados. El mismo texto conciliar fue elaborado con la oposición inicial de la mayoría de los votantes<sup>50</sup>, y no es difícil advertir en él un lenguaje transaccional. El amor queda consagrado en este texto magisterial, que no es la última palabra de la historia, como raíz y origen del matrimonio; como un afecto humano, siempre en desarrollo, que debe impregnar toda relación entre los esposos<sup>51</sup>. Queda todavía, sin duda, mucho camino por recorrer hasta que los cristianos vean el amor heterosexual como «llamarada divina» (Cant 8,6). Huella de Dios es el amor, todo amor, sea cristiano o no el que ama, ya que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8).

La doctrina que hemos visto sobre las relaciones entre los esposos se aplicaba, como nos ha dicho san Agustín, a todas las relaciones humanas, especialmente a las familiares. No se podía amar a los padres ni a los hijos como tales: eso hubiera sido afecto carnal, es decir, pecado; amar las criaturas, lo

48. Fray Luis de León, *La perfecta casada*, c. II, en *Obras completas castellanas*, edic. cit., 249. El P. Félix García, en nota a este pasaje, encuentra estas palabras lógicas y valientes. «Las expresiones duras de fray Luis de León, dice, pueden parecer excesivas, y, sin embargo, son de una gran lógica y valentía». ¡Gran lógica y valentía la de privar a la mujer de razón y entendimiento! La naturaleza la hizo casta; al hombre, en cambio, le dejó chospar a su albedrío. «Como a su centro camina / lo leve o lo que es pesado [...], / tal la hembra y el varón / el uno al otro apetece [...]; / y si la naturaleza / quitase a su calidad / el freno de honestidad / que templa su ligereza, / correría a rienda suelta / por do más se le antojase, / sin que la razón bastase / a hacerle dar la vuelta; / y así, cuando el freno toma / entre los dientes el gusto, / ni la detiene lo justo, / ni algún respeto la doma». (Miguel de Cervantes, *El laberinto de amor*, jornada II, en *Obras completas*, recopilación, estudio preliminar, prólogo y notas por Ángel Valbuena Prat, Aguilar, Madrid 1960, 424).

49. «Enamorada, siempre se toma en mala parte, como mujer enamorada o amiga» (Sebastián de Cobarruvias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Ediciones Turner, Madrid 1977, s. v. *enamorado*). *Enamorado* es el que anda en amores, que son siempre lascivos. «Amores. En nuestra lengua se toma por los amores profanos y lascivos, que son los que tratan los enamorados» (*Diccionario de autoridades*, edición facsímil (Biblioteca Románica Hispánica. V. Diccionarios, 3), Editorial Gredos, Madrid 1984, s. v. *amores*). Es lo más opuesto que puede haber al amor de caridad o amor casto, con el que deben amarse los esposos por Dios y solo por él, negando todo afecto humano.

50. Cf. Francisco Gil Hellín, *Del amor conyugal a la paternidad responsable*, en *Scripta Theologica* 26 (1994) 1039-1055.

51. GS 47-51



temporal y perecedero. Había que amar en ellos lo eterno; amarlos igual que a todos: como hijos de Dios, si lo eran, o para que lo fuesen si no lo eran<sup>52</sup>; lo cual quiere decir, que no todos los hombres son hijos de Dios, sino solo los bautizados. ¡A qué extremos llevó esta teoría! Los religiosos rompían con su familia y los ejemplos que ponen las crónicas hacen temblar la pajarilla. No hay hagiógrafo que no nos cuente que su santo, teniendo que pasar por obediencia por su pueblo, ni siquiera se detuvo a ver a sus padres. Viudas hubo que, por seguir su vocación religiosa, abandonaron a sus hijos menores de edad. Ellos fueron atrapados por el hampa, y ellas vivieron dichosas en su retiro, alcanzando algunas la gloria de los altares. Así ha sido la historia y es inútil darle vueltas<sup>53</sup>.

La conclusión es clara. El amor, como todo lo humano, también el amor cristiano, es una realidad histórica. No tiene un ser fijo, dado de una vez para siempre. Su sustancia es carecer de ella. Se vive siempre en un contexto determinado, dentro de un modelo humano muy complejo, y es todo el sistema el que hay que tener en cuenta para entender cualquiera de sus elementos. Por eso el resumen que acabo de hacer peca, como todo resumen, de abstracto. Habría que estudiar el tema por épocas e incluso por generaciones. A nadie se le oculta que tal historia sería larga y liosa. Creo, sin embargo, que las líneas generales que he trazado valen para la época anterior al

---

52 Al novicio Leto, que había ido a su casa por determinados problemas y seguía en ella retenido por las lágrimas de su madre, le escribe Agustín: «¿Por qué te envuelve en su red y te aparta y desvía de la carrera emprendida sino porque es tu madre? En cuanto hermana de todos los que tenemos a Dios por padre y por madre a la Iglesia, no te lo impide, como no me lo impide a mí ni a ninguno de nuestros hermanos, que la amamos, no con caridad privada como tú en vuestra casa, sino con caridad pública en la casa de Dios. Estás unido a ella por necesidad carnal [...]. Mate ella en sí este afecto por el que te ama particularmente para que no estime el haberte llevado en su seno más que el haber sido engendrada contigo en el seno de la Iglesia. Y lo que digo de tu madre, hay que entenderlo de todos los demás parientes. Esto mismo debe aplicarlo cada uno a su alma, de tal modo que odie en ella el afecto privado, que es sin duda temporal, y ame en ella aquella comunión y sociedad de la que se dijo: *tenían un alma y un corazón hacia Dios* (Hch 4, 32)» (Ep 243, 4). «No se enojen los padres porque el Señor haya mandado que los odiamos, pues también nos manda odiar nuestra propia alma [...]. Significa que hemos de matar en nosotros el afecto carnal del alma [...]. Esto mismo podemos decir con toda razón de los padres, matando su afecto carnal con la espada de la palabra de Dios [...] y dando vida en ellos a ese afecto por el que son hermanos y por el que, con sus hijos temporales, reconocen a Dios y a la Iglesia como padres eternos» (ib., 5). San Agustín se apoya en varios textos del evangelio, entre otros en este de san Lucas: «Si alguien viene a mí y no *odia* a su padre y a su madre y a su esposa [...], no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26). Así se leyó hasta fecha bien reciente. Hoy, en cambio, leemos. «Si uno quiere venirse conmigo y no me *prefiere* a su padre y a su madre [...], no puede ser discípulo mío». Cf. José Vega, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-manásico-sacerdotal de san Agustín*, edic. cit., 67-77.

53. Cf. Jean Delumeau, *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Edit. Labor, Barcelona 1973, 55.

Vaticano II en lo referente al amor matrimonial, familiar y a todo afecto humano, y para antes de la *Rerum novarum* en las cuestiones sociales.

Algo de esto dijo ya Jesucristo, aunque nosotros hayamos preferido acogernos a la seguridad de lo fijo e inmutable. «Ese valedor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre por mi medio, él os lo irá enseñando todo, recordándoos todo lo que yo os he expuesto» (Jn 14,26). «Mucho me queda por deciros, pero no podéis con ello por el momento. Cuando llegue él, el Espíritu de la verdad, os irá guiando en la verdad toda, porque no hablará por su cuenta, sino que os comunicará cada cosa que le digan y os interpretará lo que vaya viniendo. Él manifestará mi gloria, porque, para daros la interpretación, tomará de lo mío. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso he dicho que toma de lo mío para daros la interpretación» (Jn 16, 12-15).

Viviendo en el Espíritu de Jesús, tenemos que recordar lo que nos ha dicho, darle vueltas, meditar sobre ello, y lo iremos comprendiendo cada vez mejor. Pero hay cosas que no están dichas. Si vivimos su «mandamiento nuevo», atentos a la realidad, que es también siempre nueva, iremos descubriendo nuevos aspectos de su mensaje, virtualidades nuevas, nuevas formas de vivirlo, nuevas realizaciones, antes ni soñadas. «Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias» (Ap 2, 17).

### 16.- *Vivencia del amor cristiano*

¿Cómo vivió Jesús su amor a los discípulos? ¿Cómo vivió el significado de las palabras que, según Juan, les dirigió como despedida? Esta es la pregunta decisiva. Para averiguarlo tenemos que apoyarnos, así he intentado hacerlo, en los textos que sobre él nos han llegado (en el evangelio de Juan ante todo, al que pertenece el texto que consideramos; en los otros evangelios, y, en general, en el Nuevo Testamento). Textos que no son biografías de Jesús, sino interpretaciones teológicas sobre él; expresiones de fe de las pri-

---

Santo Tomás de Aquino, de acuerdo con su axioma de que «la gracia perfecciona la naturaleza, no la destruye», razonó que Dios no es el único objeto del amor en el orden de la caridad, sino que lo son también los hombres, y que la caridad no es la única razón para amar al hombre; también lo son los lazos de carne y sangre y otros, todos ellos meramente humanos (los que hay entre padres e hijos, esposos, hermanos, amigos...). Pero sus razonamientos no se tuvieron en cuenta y se siguió condenando todo afecto humano. Cf. *S. Th.* I-II<sup>o</sup>, qu. 26-28; II-II<sup>o</sup>, qu. 23-26; James McEvoy, *Amitié, attirance et amour chez s. Thomas d' Aquin*, en *Revue Philosophique de Louvain* 91 (1993) 383-408; Juan Martín Velasco, *Experiencia mística y experiencia del hombre y del mundo*, en *Iglesia Viva* 161 (1992) 451-458.

meras comunidades cristianas, a las que no interesaba tanto el Jesús que fue como el Jesús que es en la comunidad que vive de su Espíritu (a nosotros, al revés; obsesionados por «el Jesús histórico», descuidamos al Jesús que es). Son los datos fundamentales de que disponemos.

Pero no bastan los datos. Una vida no se reduce a fichas. Para acercarse a una vida humana, para entrar en ella y reconstruirla, hay que echar mano del único recurso que tenemos: la imaginación. Los datos son imprescindibles. Hay métodos para su recopilación y manejo. Pero hace falta una labor paralela que despierte y cultive la imaginación, tan denostada en los ambientes espirituales de otros tiempos y hoy tan descuidada en los colegios y universidades. Sólo con imaginación se puede dar el salto desde los datos, interpretar la realidad en su esplendor y transmitirla eficazmente. Y esto no sólo en historia, sino también en física, en matemáticas y en cualquier otra disciplina. Los físicos y los biólogos lo han visto bien y nos han advertido sobre ello. La ciencia es imaginación, creación que hay que confrontar con la realidad. En lo primero coincide con la creación artística; difiere en lo segundo.

Las palabras hay que situarlas para establecer su significado concreto, y es el otro factor al que me he referido antes, en el vivir del que las pronuncia o escribe, como una acción más<sup>54</sup>. Durante algunas décadas, el autor ha sido desprestigiado, como si fuera un pelele que no sabe lo que hace, en beneficio del omnisciente lector o de la obra. Ya Unamuno valoraba a don Quijote por encima de Cervantes. Sin descuidar la influencia que el lector tiene en la interpretación y valoración de la obra (el *Quijote* es de Cervantes, pero es también de todos sus lectores), hay que radicar esta en el autor y preguntarse qué conexión tiene con su vida ¿Por qué y cuándo surgió en él; en qué «lugar» de su vida apareció y qué se propuso con ella? Verla, en definitiva, originariamente, naciendo, brotando del manantial vivo. Al fin y al cabo, una palabra, un discurso, un texto son una acción de alguien. La lengua es general, pero el hablar es individual. El que habla usa un instrumento social, pero se expresa como único, insustituible, desde su fondo personal, con sus ideas, pero también con sus percepciones y sus imaginaciones y sus sentimientos y sus pasiones y sus deseos y sus creencias y sus filias y sus fobias y su cuerpo y lo que es y lo que ha sido y lo que proyecta ser... Con todo su yo y con todo su mundo conscientes e inconscientes<sup>55</sup>. Llegar a ese íntimo

---

54. Cf. José Ortega y Gasset, *Cartas a Ernest Robert Curtius* (Carta del 4-III-38), en *Epistolario*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1974, 106-122.

55. Cf. Dámaso Alonso, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, ( Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos 1), Editorial Gredos, Madrid 1957, *passim*, en especial 19-33 y 481-493; en *Obras completas*, Editorial Gredos, Madrid 1989, IX, 15-27 y 403-414. Sobre las funciones del lenguaje, cf. Karl Bühler, *Teoría del lenguaje*, traducción de Julián

reducto, allí donde las grandes creaciones son aún tenues hilillos de aguas bullidoras que saltan a la superficie, es una gozosa aventura, tarea vigilante de intuición y técnica.

Nos equivocáramos sobremanera si creyéramos que, dentro de una misma época, todos viven en la misma forma la realidad. Ni siquiera la viven así los de una misma generación. Hay dos grandes bloques de personas: varones y mujeres. La realidad se organiza en forma distinta para aquellos y estas, porque la realidad está en conexión con la vida en que se constituye. Una es la razón masculina y otra la femenina<sup>56</sup>. El amor mutuo lo vivieron en forma muy diferente san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, por muy afines que fueran en su proyecto religioso. La realidad varía también, dentro de cada grupo, al radicarse en la vida individual. El humanista Luis Vives y el Inquisidor Torquemada vivieron de muy distinta manera el mandamiento nuevo. Ni siquiera personas afines en sus ideales y profesión, aunque se traten asiduamente, coinciden en sus vivencias. Pues hasta esa entraña individualísima hay que llegar, si no queremos seguir diciendo generalidades.

### **17.- Actualización del amor cristiano**

Dejando a un lado la vivencia del mandamiento nuevo, que es asunto de cada uno, ¿qué podemos decir sobre el amor mutuo, o sobre el amor al prójimo en general, amigo o enemigo, a finales del siglo xx? Porque somos nosotros, la comunidad cristiana actual, los que, siguiendo el Espíritu de Jesús, tenemos que vivir hoy el evangelio y anunciarlo con nuestra palabra; escribir con nuestras vidas la «verdadera historia de Jesús», su historia actual.

Amar a alguien, hoy, es reconocerle como persona, como sujeto libre y responsable, aunque sea un irresponsable; afirmarle en su dignidad; amarle tal como es, en sí mismo y por sí mismo y para que sea él mismo; querer eficazmente su bien. Y esto no con maneras ásperas e hirsutas, sino afables y cariñosas. Amarle cristianamente es vivir todo esto en Jesucristo, el Señor, como hijos del Padre, identificados con él. Para amar al hombre Dios no le exige como requisito previo un buen comportamiento, mucho menos un comportamiento religioso, como sostenían los fariseos. Dios ama a todos gratuita, eficaz e incondicionalmente. Recordemos, entre otros textos, la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Así amaba también Jesucristo:

---

Mariás, *Revista de Occidente*, Madrid 1961<sup>2</sup>, 51-56; Roman Jakobson, *Linguistique et poétique*, en *Essais de linguistique générale*, Editions de Minuit, Paris 1963, 213-223

«este acoge a los descreídos y come con ellos» (Lc 15, 2; Mt 2, 11 par). Así debemos amar los discípulos del Señor.

Quien ama así, sea o no cristiano, comunica con Dios. Es esta una verdad evangélica (Lc 10, 25-37, *el buen samaritano*, y Mt 25, 31-46, *el juicio e las naciones*), felizmente recuperada. «El Espíritu es el huésped de nuestras almas y todo lo que es amor auténtico comunica misteriosamente con el soplo mismo de Dios»<sup>57</sup>, ya que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8).

El amor, en los albores del siglo XXI, es inseparable de la justicia, de la promoción de la persona y su crecimiento humano en sentido riguroso. El ideal de justicia debe ser irrenunciable<sup>58</sup>. Hoy ese ideal se realiza cuando los hombres tienen los ingresos suficientes para llevar una vida digna (casa, comida, vestido...), para educarse y recibir atención sanitaria<sup>59</sup>. Ello exige enterarse honradamente, sin tapujos, de la situación; contribuir al sostenimiento de las instituciones que trabajan por la justicia y los derechos humanos; colaborar en proyectos concretos en favor de los necesitados; favorecer las iniciativas que vayan apareciendo; imaginar, cuando el hombre está en apuros es el recurso que tiene, caminos nuevos. A estas alturas, es incomprendible que haya parroquias en las que aún no funciona cáritas ni colaboran, mucho o poco (la viuda que echó «unos céntimos en el tesoro del templo» dio más que nadie, Lc 21, 1-4), con las organizaciones solidarias de los más débiles; o colegios de religiosos en los que este tema de la justicia continúa sonando a música celestial o es, a lo sumo, el chocolate del loro. Estas son en estos años finiseculares las obras de Dios, del que nos envió (Jn 9, 4).

56. Cf. Julián Marías, *Antropología metafísica*, edic. cit., 183-191.

57. Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo. VI. Exilio y regreso*, edic. cit., 24.

58. «El hombre occidental de nuestro tiempo considera que la justicia social es un imperativo inexcusable, dicho sea en su honor; los cristianos, que con varios pretextos habían sido bastante indiferentes a ella, han caído en la cuenta de que hay que incorporarla a toda actitud cristiana ante la vida que no sea una superchería» (Julián Marías, *Problemas del cristianismo*, BAC, Madrid 1979, 36). «Muchos cristianos -especialmente eclesiásticos- la han descubierto recientemente; los ha fascinado de tal manera, que tienen una propensión marcadísima a identificar la religión con la justicia social. Esto me parece perfectamente sin sentido [...]. Dios interesa por *sí mismo*, y de él se derivan para el hombre innumerables cosas. Que una de ellas sea la justicia social, no lo dudo; pero no se olvide que la justicia *social* es sólo una forma particular de la justicia, y que más allá de la justicia hay legión de cosas que importan» (Id., *ib.*, 35-36). «El siglo XX es ininteligible si no se tiene en cuenta lo que significan en él estas dos palabras juntas: «justicia social». Es algo indiscutido; todo el mundo la pide; nadie la niega, menos se atrevería a oponerse a ella [...]. Inferir de esto que nuestra época es la de la justicia social, sería demasiado: una cosa es predicar y otra dar trigo [...]. La pretensión de justicia social es inobjetable para un hombre de nuestro tiempo, y pienso que uno de los grandes títulos de gloria del siglo XX es haber llegado a esta sensibilidad» (Id., *La justicia social y otras justicias*, (Col. Austral 1627), Espasa-Calpe, Madrid 1979, 13-16).

59. Cf. Concilio Vaticano II, *GS 26*.

Se trata, en suma, de hacer realidad, aquí y ahora, la palabra de Jesús: hazte prójimo del necesitado (cf. Lc 10, 25-37)<sup>60</sup>.

### 18.- *Amar y reflexionar sobre el amor*

¿Qué es literatura? ¿Qué es filosofía? ¿Qué es álgebra? ¿Qué es diseño?... se preguntan cada año los profesores de estas materias al comienzo del curso, y van desgranando doctamente las muchas definiciones que se han dado. Los alumnos, que nunca han practicado esas realidades de que les hablan, andan con sus musarañas y les oyen como quien oye llover. Los que se dicen más listos empollarán el rollo y lo soltarán, tal cual, cuando les llegue su hora. Pero ni ellos ni los otros se habrán enterado de nada. Y es que es inútil comenzar por definir las cosas. Las cosas se hacen y luego se habla de ellas. Ni la literatura, ni la filosofía, ni la física, ni la teología... se pueden definir antes de hacerlas, antes de entrenarse en ellas. Primero hay que hacerlas y luego se reflexiona y se habla sobre ellas y se perfecciona su hacer. Esto lo escribió, ya en 1938 al menos, García Morente, pero no pocos profesores siguen sin enterarse. «Es absolutamente imposible decir de antemano qué es filosofía. No se puede definir la filosofía antes de hacerla: como no se puede definir en general ninguna ciencia, ni ninguna disciplina, antes de entrar directamente en el trabajo de hacerla»<sup>61</sup>. Hay que revivir la situación en que se originó el saber del que nos vamos a ocupar; hacerlo nosotros desde nuestra situación, y, cuando lo dominemos, tendremos claro en qué consiste. Ortega y Gasset nos recuerda el juego de los niños cuando preguntan a los mayores: ¿qué es una carraca?, ¿qué es una bicicleta?, y estos, al no encontrar las palabras, comienzan instintivamente a hacer los movimientos que expliquen lo que es una carraca y una bicicleta. «Ahora bien, comenta, la definición verbal que luego enunciaría el ser de la carraca, de la bicicleta o del cielo, la montaña, el árbol, etc., no hará sino expresar con palabras lo que esos mismos movimientos significan, y su contenido no sería, no es otro que hacernos saber algo que el hombre hace o padece con una cosa; por tanto, que todo concepto es la descripción de una escena vital»<sup>62</sup>.

Al terminar esta exposición sobre «el amor mutuo», conviene recordar estas cosas tan elementales. ¿Qué es amarse mutuamente? Amémonos y lo

---

60. Cf. Pedro Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*, Selecta de Revista de Occidente, Madrid 1968<sup>2</sup>, II, 19-27 (sobre la parábola del Samaritano como encuentro con el otro).

61. Manuel García Morente, *Lecciones preliminares de filosofía*, Editorial Losada, Buenos Aires 1977<sup>19</sup>, 1.

62. *El hombre y la gente*, edic. cit., 70.

sabremos. Reflexionemos sobre ello y entonces, solo entonces, la reflexión nos ayudará a conocer mejor lo que es el amor y a amarnos mejor. La contemplación versa sobre la acción, y esta, una vez contemplada, se renueva y perfecciona. Amarse es quererse bien unos a otros y traducir ese querer en obras. Obras son amores, que no buenas razones, dice un antiguo refrán. «No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el reino de los cielos; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo» (Mt 7, 21), «Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3, 18). Una de esas obras puede ser reflexionar, leer o escribir sobre el amor, si es que se hace con amor; de lo contrario, «de nada nos sirve» (1 Cor 13, 1-3). Conviene recordar también estos textos de san Agustín: «Dame uno que ame y sabrá de qué estoy hablando»<sup>63</sup>. «El amor no puede estar ocioso. ¿Qué es lo que también obra el mal en el hombre sino el amor? Preséntame un amor ocioso, inactivo»<sup>64</sup>.

José VEGA, OSA  
Estudio teológico agustiniano  
Valladolid

---

63. *In Jo. Ev.* 26, 4.

64. *En. in ps.* 31, *Serm.* 2, 5..